HISTORIA DE LOS GODOS

ESCRITA EN LATÍN

POR

JORNANDES

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

F. NORBERTO CASTILLA

Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y C.a.

1896

HISTORIA DE LOS GODOS

ESCRITA EN LATÍN

POR

JORNANDES

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

F. NORBERTO CASTILLA

NOTICIA BIOGRÁFICA DE JORNANDES

En los últimos años del siglo v ó en los primeros del vi debió nacer el autor de la HISTORIA DE LOS GODOS. De linaje godo, su padre llamábase Alanowamuth, y su abuelo paterno Peria, que fué notario ó secretario de un jefe de alanos, llamado Candax, al cual acompañó mientras militaba á las órdenes de Atila, y cuando, muerto éste, se estableció en la baja Mesia. Allí probablemente nació Jornandes.

Sábese que fué, como su abuelo, notario, pero no de quién, y que abjuró el arrianismo para abrazar la fe católica, ingresando en una orden monástica y llegando á ser obispo de Ravena, ó, al menos, obispo de los godos.

Dice de él Trithemo que fué versado en las Sagradas Escrituras, docto en ciencias profanas, de costumbres sencillas y fácil palabra, investigador de los antiguos tiempos é historiador de mérito. El mismo Trithemo dice que se atribuían á Jornandes varias obras notables, pero sólo había podido encontrar dos, una relativa á la historia de los romanos y otra á la de los godos, desde su origen hasta el momento que fué escrita.

En efecto; sólo dos obras de Jornandes han llegado á nosotros: la titulada *De regnorum ac temporum successione*, llamada por Trithemo historia romana, porque la mayoría de los hechos de que se ocupa corresponden á Roma, y la HISTORIA DE LOS GODOS.

Es la primera uno de esos compendios de historia,

una crónica de hechos y sucesos hacinados sin orden ni concierto, ni atendiendo siquiera á su relativa importancia, que tanto abundaron antes y, sobre todo, después de Jornandes. Para juzgarla hay que dividirla en tres partes. Comprende la primera desde Adán hasta el principio de la historia de Roma, y es sencillamente una cronología de nombres y sucesos. La historia de Roma desde sus orígenes hasta el reinado de Augusto forma la segunda parte, y Jornandes sigue en ella, casi servilmente, al historiador Floro. La tercera y última parte comprende la crónica de los emperadores romanos, desde Augusto á Justiniano, extractándola de diversos autores que escribieron historias de estos tiempos. Apenas hay en el libro *De regnorum ac temporum successione* algo que sea original, y gracias que sirva para comprobar algunos hechos y algunas fechas.

Si literariamente no vale mucho más que esta obra la titulada HISTORIA DE LOS GODOS, es mayor su importancia por el asunto á que se refiere. También esta historia es un compendio de la que escribió Magno Aurelio Cassiodoro, personaje contemporáneo de Jornandes, famoso no sólo por el número y mérito de las obras que escribió, sino además por su grande intervención en el gobierno de Italia durante la dominación de los godos. Jornandes mismo confiesa en el prólogo de su obra que sólo se proponía extractar la que en doce libros había escrito Senator (nombre que usaba Cassiodoro, y con el cual generalmente era conocido), refiriendo la historia del pueblo godo y de sus reyes desde la más remota antigüedad hasta la época en que fué escrita.

Prestó un dependiente de Cassiodoro á Jornandes un ejemplar de dicha historia, y éste la leyó y releyó asiduamente durante tres días, haciendo después de memoria el compendio que á nosotros ha llegado.

No se atuvo, sin embargo, servilmente á la obra ex-

tractada, y él mismo dice que introdujo párrafos de autores griegos y latinos que no están en el original, intercalando al principio, al fin, y principalmente en mitad de la obra, muchas noticias y juicios que no son de Cassiodoro, sino suyos. Sin embargo, si la historia de Cassiodoro no se hubiera perdido, el compendio hecho por Jornandes carecería de valor; pero la desaparición de aquélla ha dado á éste la importancia de obra original, y á pesar de las lagunas que hay en ella, de la falta de crítica del autor, de su ignorancia y de su parcialidad en favor de los godos, es el libro de Jornandes uno de los monumentos más valiosos que poseemos para el conocimiento de la historia y de la geografía de los siglos V y VI de nuestra era.

PREFACIO

Deseaba yo, hermano Castalio, llevar mi navecilla á tranquilas playas donde pudiera pescar pececillos á mi placer en los estanques de los antepasados, como alguien dijo, pero tú me obligas á largar la vela. Pídesme que interrumpa el opúsculo en que he puesto mano, esto es, mi *Compendio de las Crónicas,* y que intente encerrar en corto volumen los doce libros del Senador, acerca del origen é historia de los godos, descendiendo de generación en generación, de rey en rey, desde la antigüedad hasta nuestros días: tarea ardua en verdad, y cuyo peso parece que no quiere considerar el que la impone. Seguramente no adviertes que tengo yo muy poco aliento para hacer sonar la magnífica trompa de tal escritor. Y para agravar más y más la dificultad de la empresa, se me da permiso para usar esos libros á condición solamente de no seguir á la letra su sentido. A decir verdad, he empleado previamente tres días en leer esos libros, gracias á la condescendencia del intendente del autor, y, aunque no haya retenido las palabras, al menos tengo la pretensión de poseer perfectamente el pensamiento del asunto; habiendo enriquecido mi trabajo con algunas notas tomadas de historiadores griegos y latinos que se refieren á él; y además, he

mezclado al principio y al fin, y especialmente en medio de este compendio, muchas cosas mías. Así, pues, este libro, que me has obligado á escribir, sin que me haya ofendido yo por la exigencia, debes recibirlo benignamente, y ojalá lo leas con mayor benignidad; y si tú, que vives en la vecindad de los godos y tienes presentes los sucesos descubres alguna omisión, llénala. Ruega por mí, querídisimo hermano.

HISTORIA DE LOS GODOS

CAPÍTULO I

División general de la Tierra.

Nuestros antepasados, según Orosio, dividieron toda la circunferencia de la tierra que rodea el Océano en tres partes, que llamaron Asia, Europa y Africa. Muchos autores, casi innumerables, han descripto la redondez de la Tierra en estas tres divisiones, dando á conocer, no solamente las ciudades y comarcas, sino lo que es mucho más exacto, el número de pasos y millas que tienen de extensión; llevando sus investigaciones hasta determinar, á través de la inmensidad del mar, la posición de las islas rodeadas por las aguas, tanto grandes como pequeñas, dándolas los nombres de Cycladas ó Sporadas. En cuanto á los últimos límites del infranqueable Océano, no solamente no ha intentado nadie describirlos, sino que á nadie se le ha concedido alcanzarlos; viéndose la imposibilidad de ello, porque las plantas marinas detienen las naves y falta el viento; así, pues, no los conoce más que aquel que los ha creado. En cambio, estando habitada la Tierra, las playas situadas á este lado del mar que, como ya hemos dicho, rodea el disco del mundo como una corona, han sido perfectamente conocidas por hombres á quienes su curiosidad ha llevado á escribir sobre tal asunto. Hay,

además, en el mismo mar muchas islas habitables; por ejemplo, del lado de Oriente y en el Océano Índico, las Hippodas, la Jamnesia, abrasadas por el sol: éstas están desiertas, verdad es, pero no dejan de tener considerable extensión en longitud y latitud. Existe también Taprobana (1), en la que, sin mencionar los caseríos y casas de campo, se encuentran, según dicen, ciudades muy fortificadas, la hermosa Sedalia, Silestantina, deliciosa estancia, Eterón, ciudades que, si ningún escritor ha descripto, no por eso dejan de tener numerosa población nacida en su seno. En la parte occidental, este mismo Océano contiene igualmente algunas islas, conocidas casi todas á causa del movimiento de viajeros. A este número pertenecen, después del estrecho de Cádiz y cerca de este estrecho, las dos islas llamadas, una Feliz y otra Afortunada. Algunos cuentan también entre las islas del Océano los dos promontorios de Galicia y Lusitania, sobre uno de los cuales vese todavía un templo de Hércules, y sobre el otro el monumento de Scipión. Sin embargo, como tocan al extremo de la tierra de Galicia, más bien forman parte del gran continente de Europa que islas del Océano. Sea como quiera, este mar tiene en medio de sus olas otras islas que llevan el nombre de Baleares; la isla Mevania, así como las Orcadas, en número de treinta y cuatro, pero no todas habitadas. También tiene en el extremo occidental otra isla, llamada Tilena, de la que dijo el poeta mantuano:

«Que te obedezca Tilena en los límites del mundo.»

Contiene también este mar inmenso por el lado de la Osa, es decir, al Septentrión, una gran isla, llamada

(1) Hoy Ceylán, que los antiguos creían mucho más grande que en realidad es.

Scanzia (1), de la que tendremos que hablar, con el auxilio del Señor, porque del seno de esta isla salió como un enjambre de abejas para hacer irrupción en la tierra de Europa, la nación cuyo origen tanto deseas conocer. Cómo y por qué sucedió esto, lo explicaremos si el Señor nos asiste.

CAPÍTULO II

Descripción de la isla de Bretaña.

Voy á describir ahora brevemente, y como pueda hacerlo, la isla de Bretaña, situada en el seno del Océano, entre las Españas, las Galias y la Germania. Aunque, según Tito Livio, nadie en su tiempo había dado vuelta á esta isla (2) ni conoció su extensión, no han dejado de emitir opiniones acerca de ella considerable número de autores, con relación á los cuales podemos hablar. Mucho tiempo estuvo cerrada á las armas romanas, hasta que Julio César abrió la entrada por medio de combates en los que solamente buscaba la gloria. Más adelante el comercio y otras causas llevaron allá crecido número de hombres; y la edad siguiente adquirió nociones más exactas de aquel país por el cuidado que desplegó en explorarlo. He aquí su descripción tal como la encontramos en los escritores griegos y latinos: su forma es triangular, según dicen muchos, parecida á un cono: extiéndese longitudinalmente del Septentrión al Occidente, y forma un gran ángulo mirando á la des-

(1) La Scandinavia, considerada como isla mientras no se conoció su parte septentrional.

(2) En tiempo de Tácito dió por primera vez la vuelta á la gran Bretaña una flota romana. (*Agricol. X.*)

embocadura del Rhin; desde allí se estrecha por línea oblicua reentrante y vuelve sobre sí misma para formar otros dos ángulos. Dos de estos lados dan frente á la Galia, y el otro á la Germania. Dícese que su mayor anchura es de trescientos tres estadios, y su longitud no pasa de siete mil ciento treinta y dos. Fórmala una llanura cubierta en parte de bosques, en parte de matorrales, de la que surgen también algunas montañas. Rodéala un mar perezoso, que difícilmente cede al impulso de los remos y que rara vez alborota el soplo de los vientos. Las tierras están tan lejanas, que su resistencia no produce agitación alguna en las olas, porque, en efecto, el mar se extiende mucho más lejos en este paraje que en ningún otro. Strabón, célebre escritor griego, refiere que esta isla exhala nieblas tan densas, á causa de estar empapada por frecuentes irrupciones del Océano, que obscurecen la claridad ordinaria del sol durante casi todo el día, ocultando el astro á las miradas; pero que las noches son allí más claras. Encuéntrase en su extremo la isla Memma, de la que habla el historiador Tácito, rica en metales, abundante en pastos, y cuya fertilidad es más á propósito para alimentar ganados que hombres. Súrcanla en todos sentidos numerosos y grandes ríos que arrastran perlas y piedras preciosas. Entre los habitantes de la Gran Bretaña, los siluros tienen la tez morena, naciendo la mayor parte con el cabello negro y rizado; los caledonios, por el contrario, tienen el cabello rubio y son corpulentos, pero blandos. Encuéntraseles semejanza con los galos y los españoles, por lo que han supuesto algunos que en todo tiempo recurrió la isla á estas naciones para poblarse. Estos pueblos y sus reyes son igualmente bárbaros. El famoso historiador Dion nos dice que el nombre que se dan en común es el de un metal de la Caledonia. Habitan en cabañas de mimbres, mezclados con sus gana-

dos, y muchas veces no tienen otro abrigo que los bosques. Ignoro si para adornarse ó por algún otro motivo se pintan el cuerpo con auxilio del hierro. Frecuentemente se hacen guerra entre sí, sea por ambición de mando ó para aumentar lo que poseen, combaten á caballo y á pie, y también en carros con dos caballos y en carretas armadas con guadañas, á las que en su lengua llaman *essedas*. Pero basta lo dicho de la isla de Bretaña.

CAPÍTULO III

Descripción de la isla de Scanzia.

Volvamos á la isla Scanzia, que hace poco abandonamos. El ilustre geógrafo Claudio Ptolomeo la menciona en el libro segundo de su obra cuando dice: «En el Océano Ártico existe una isla grande llamada Scanzia, que tiene forma de hoja de cedro; sus costas se prolongan á lo lejos, y después se estrechan para cerrarla; el Océano penetra en sus playas. Encuéntrase enfrente del río Vístula, que sale de las montañas de la Sarmacia y que, á la vista de la isla Scanzia, desemboca en el Océano Septentrional por tres brazos, separando la Germania de la Scitia. Al Oriente y en el interior existe en esta isla un lago muy grande, y de este lago, como de un vientre, sale el río Vagi, que corre caudaloso al Océano. Inmenso mar la rodea al Occidente. Por el Septentrión la rodea también ese Océano sin límites, en el que jamás se ha navegado, y del que se destaca, á manera de brazo, el mar Germánico (1). Allí habitan pueblos que se alimentan solamente de carne; y allí encuéntrase también, según dicen, un grupo de islitas, en las que, aseguran, pierden la vista los lobos si acier-

(1) Créese que el autor se refiere al Báltico.

tan á pasar cuando el mar está helado por los intensos fríos del invierno. Así es que esta tierra no es inhospitalaria solamente para los hombres, sino que también cruel para las fieras. En cuanto á la isla Scanzia, que es el asunto de nuestro trabajo, está habitada por considerable número de pueblos diferentes, aunque Ptolomeo solamente menciona siete. Nunca se encuentran allí enjambres de abejas, á causa del rigor del frío. En su parte septentrional habita el pueblo adogita, que pasa por gozar, sin interrupción, de la claridad del sol durante cuarenta días y cuarenta noches en medio del estío, y que, en cambio, en invierno se encuentra privado de la luz durante igual número de días y de noches. Así, pues, alternativamente en la tristeza y en la alegría goza de un favor y sufre una privación que los demás países ignoran. ¿Se quiere saber por qué? Es que en los días más largos los habitantes ven al sol repasar al Oriente rozando la extremidad del eje de la Tierra, mientras que, por el contrario, en los días más cortos no pueden verlo, porque entonces recorre los signos australes. Así, pues, ese mismo sol que nos parece salir de abajo, dicen ellos que gira á lo largo del borde de la Tierra. Existen también en esta isla otras naciones, la de los crefennos, tres en número, que desdeñan alimentarse de trigo y que no viven más que de carne de animales silvestres y de aves cuyos nidos son tan numerosos en los pantanos, que bastan para la multiplicación de las especies y proveen superabundantemente á la alimentación de los habitantes. Allí viven también los suétanos, que se sirven, como los turingios, de excelentes caballos. Éstos son los que, por medio del comercio, hacen llegar á los romanos, á través de innumerables naciones, las pieles de marta que éstos usan. El hermoso color negro de sus pieles los ha hecho famosos; pero viven pobremente, encon-

trándose vestidos con extraordinaria riqueza. Después de éstos vienen multitud de pueblos diversos: los teustos, bacotos, bergios, halinos, liotidas, habitando todos en terreno llano y fértil, lo cual les expone á incursiones y estragos de otras naciones. Encuéntranse, después de estos pueblos, los atelnilos, los finaitos, los ferviros, los gautigodos, razas de hombres intrépidos, dispuestos siempre á pelear. Después los evageros mezclados con los otingos. Todos estos pueblos viven á la manera de las fieras, en las cavernas y en los bosques. Más allá de estas naciones habitan los ostrogodos, los raumaricos, los firmos, sumamente amables; los más amables de los habitantes de la isla Scanzia, los vinovilotos, los suetidos, los cogenos, que se les parecen, siendo cosa cierta que éstos son el tronco de los daneses, que arrojaron á los hérulos del territorio que poseían. Los cogenos exceden á todos estos pueblos en estatura, y gustan de darse este nombre que les distingue de todos los de la Scanzia. También de aquel país son los granianos, aganzios, unixos, etelrugos y aroquiranos, de quienes fué rey, si no en los tiempos más lejanos, hace muchos años al menos, Rodulfo, el cual, disgustándose de su reino, marchó al lado del rey de los godos Teodorico, en quien encontró lo que deseaba. Todos estos pueblos exceden á los romanos en estatura y valor, y son terribles por su ardimiento en los combates.

CAPÍTULO IV

Los godos salieron de la isla de Scanzia.—Sus progresos y su ocupación de la parte de Scitia inmediata al Ponto Euxino.

Supónese que los godos con su rey, llamado Berig, salieron antiguamente de esta isla Scanzia, recipiente

de naciones ó vivero de pueblos. En cuanto saltaron de sus naves y tocaron tierra, dieron su nombre al paraje á que acababan de abordar, llamándose todavía hoy, según se dice, Gotiscanzia. Inmediatamente marcharon desde allí contra los ulmerugos, establecidos entonces en las orillas del Océano, los atacaron después de haberse apoderado de su campamento y los arrojaron de las tierras que ocupaban. Poco después subyugaron á los vándalos, vecinos de este pueblo, y los añadieron á sus conquistas; y como el número de los godos había aumentado considerablemente durante su permanencia en aquel país, Filimer, hijo de Gandarico y quinto de sus reyes después de Berig, tomó, al principio de su reinado, la resolución de salir, partiendo á la cabeza de un ejército de godos, seguido de su familia y poniéndose en busca de un país que le conviniese y en el que pudiera establecerse cómodamente, llegando á las tierras de la Scitia, que los godos llamaban en su lengua *Ovim*. Pero, después de haber gozado de la gran fertilidad de aquellas comarcas, queriendo el ejército cruzar un río por medio de un puente, y habiendo pasado ya la mitad al otro lado, dícese que el puente se derrumbó y ya no pudo ninguno avanzar ni retroceder; porque, á lo que parece, aquel lugar está cerrado por un abismo rodeado de pantanos de suelo movedizo, de manera que, confundiendo la tierra con el agua, parece que la naturaleza ha querido hacerlo inaccesible. La verdad es que hoy todavía se oyen allí mugidos de rebaños y se descubren huellas humanas, según atestiguan viajeros á quienes se puede creer, á pesar de que han oído estas cosas desde lejos. En cuanto á aquellos godos que, bajo la dirección de Filimer, llegaron á la tierra de Scitia, después de pasar el río, como ya se ha dicho, tomaron posesión del país objeto de sus deseos. Después, sin perder tiempo, marcharon contra la nación de los spa-

li, pelearon y alcanzaron la victoria. En fin, desde allí avanzaron rápidamente y como vencedores hasta el extremo de la parte de la Scitia que linda con el Ponto Euxino. Así lo refieren en general sus antiguas poesías, casi en forma histórica, y esto atestigua también en su muy verídica historia Ablabio, autor notable que escribió acerca de la nación de los godos, siendo también ésta la convicción de algunos otros escritores antiguos. En cuanto á Josefo, ese historiador tan fiel á la verdad y tan digno de fé, ignoramos por qué, cuando tanto registra los tiempos remotos, guarda silencio acerca de estos orígenes de la nación de los godos que acabamos de exponer. Diremos, sin embargo, que, mencionando á los godos desde su llegada á Scitia, asegura que se les consideraba como scitas y que se les daba este nombre. Pero ya que acabamos de mencionar la Scitia, antes de pasar á otra cosa, necesario es que la describamos y señalemos sus límites.

CAPÍTULO V

La Scitia.—Su situación.—Sus pueblos.—Ocupaciones sucesivas de la Scitia por los godos.—El Tanges.—El Boristenes.

Confina la Scitia con la Germania, sea en el punto donde comienza el Ister, sea por el mar de Misia, extendiéndose hasta los ríos Tyras, Danastro, Vagorola y hasta ese otro caudaloso río que lleva, como el Ister, el nombre de Danubio: avanza hasta el monte Tauro, no el de Asia, sino otro que forma parte de este suelo, es decir, el Tauro scítico: sigue todos los contornos de la Meótida, el estrecho del Bósforo, hasta el monte Cáucaso y el rio Araxes; después, inclinándose á la izquierda, y pasando detrás del mar Caspio, no termina hasta

los últimos límites del Asia, á orillas del océano Euroboreo, teniendo forma de hongo, primeramente estrecha, y ensanchándose á lo lejos, va á tocar al país de los hunnos, de los albaneses y de los seros. La Scitia, en su infinita longitud, en su inmensa anchura, encuéntrase limitada, del lado del Oriente y en el mismo punto donde comienza, por los seros, que viven en las inmediaciones del mar Caspio; al Occidente por los germanos y el río Vístula; por el lado de la Osa ó del Septentrión, rodéala el Océano; al Mediodía por la Persia, la Albania, la Hiberia, el Ponto y el extremo del Ister llamado Danubio, desde su desembocadura hasta su nacimiento. El lado que toca al Ponto Euxino está lleno de ciudades cuyos nombres distan mucho de ser obscuros: Boristénides, Olbia, Calípoda, Quersonea, Teodosia, Pareona, Mirmiciona y Trapezunta, ciudades que las indómitas naciones de los scitas permitieron fundar á los griegos á fin de poder comerciar con ellos. Hay un paraje en medio de la Scitia que separa el Asia de Europa, y son los montes Rifeos, de los que brota el Tanais, ese río inmenso que penetra en la Meótida, laguna cuyo circuito es de cuarenta y cuatro mil pasos, y cuya profundidad no pasa en ninguna parte de ocho varas. El primer pueblo que habita la Scitia al Occidente es el de los gépidos, cuyo territorio lo rodean grandes y famosos ríos; teniendo al aquilón el Tisiano, al viento del África el Danubio; por el lado del Euro el escarpado lecho del Tausis, cuyas giratorias y rápidas ondas se precipitan con furia en las del Ister. En su seno comprende la Dacia, defendida por escarpados montes, dispuestos en forma de corona. Contra su lado izquierdo, que mira al Aquilón y avanza á través de inmensos espacios hasta el nacimiento del Vístula, encuéntrase establecido el numeroso pueblo de los vuínidos. Aunque el nombre de este pueblo varía hoy según las diferentes

tribus que lo componen y los parajes que habitan, sin embargo, se les designa generalmente con el nombre de sclavinos y con el de antos. Los sclavinos se extienden desde Civita-Nova, el paraje llamado *sclavinus rumunnensis* y el lago Muriano, hasta el Donastro, y al Norte hasta el Vístula. Éstos sólo tienen por ciudades los pantanos y los bosques. Los antos, que son los más valientes de los dos, avanzan en círculo á orillas del mar del Ponto, extendiéndose desde Danastro hasta el Danubio. Considerable número de jornadas de camino separan estos dos ríos. En la orilla del Océano, á la derecha donde por tres brazos queda absorbido el caudal del Vístula, habitan los vidoarianos, aglomeración de hombres de diferentes naciones. Después de éstos, y también en las orillas del Océano, están establecidos los itemestos, raza enteramente pacífica. Al Mediodía de éstos, y cerca de ellos, habitan los agaciros, nación muy valerosa, que ignora el uso de los frutos y solamente vive de sus ganados y de la caza. Más allá de éstos se extienden, por el mar del Ponto, los establecimientos de los búlgaros; que, por nuestros pecados, han llegado á ser desgraciadamente muy célebres. Allí fué donde en otro tiempo las belicosas naciones de los hunnos crecieron como espesa hierba, para hacer doble y furiosa irrupción sobre los pueblos; porque los hunnos están divididos en dos ramas, la de los aulzigros y la de los aviros, que habitan diferentes comarcas. Los aulzigros frecuentan las cercanías de la ciudad de Quersona, donde el ávido mercader transporta los ricos productos del Asia. Durante el estío vagan por inmensas llanuras despejadas, no deteniéndose más que donde encuentran pastos para sus rebaños, y en invierno se retiran al mar del Ponto. Los hunugaros son conocidos por las pieles de marta que suministran al comercio. He aquí los hunnos que se han hecho temibles á

hombres cuya intrepidez es, sin embargo, muy grande. Éstos de que hablamos ahora han habitado, según nos enseñan los libros, primeramente en la Scitia, á orillas de la Palus Meótida; después en la Mesia, la Thracia y la Dacia; en tercer lugar en el mar del Ponto; después otra vez en la Scitia. Pero en ningún autor hemos encontrado el relato fabuloso que les hace caer antiguamente en esclavitud, sea en la Bretaña, sea en otra isla cualquiera, donde se rescataron á precio de un caballo. Y si alguno refiere de otra manera que nosotros su aparición en la parte del Universo que habitamos, producirá ruido desagradable á nuestros oídos, porque preferimos estar á lo que hemos leído, que dar fe á cuentos de vieja. Mas volviendo á nuestro asunto, mientras la nación de que hablamos habitaba la parte de la Scitia que linda con la Palus Meótida, tuvo, como es sabido, á Filimer por rey. En las comarcas que ocupó en segundo lugar, es decir, en la Dacia, la Thracia y la Mesia, la gobernó Zamolxes, filósofo cuya prodigiosa ciencia atestiguan la mayor parte de los autores. Antes de Zamolxes había tenido hombres de gran saber, tales como Diceneus, y antes de éste Zeustas. Así, pues, los godos no carecieron de maestros para aprender la filosofía, razón por la cual fueron siempre más ilustrados que la mayor parte de los bárbaros y llegaron casi á igualar á los griegos, según dice Dion, que escribió su historia en lengua griega. Este escritor dice que los nobles entre ellos llevaron primeramente el nombre de Zarabi Terei, y después el de Pileati, eligiendo de esta clase los reyes y sacerdotes. En fin, en tan grande estima estuvieron antiguamente los getas, que se hizo nacer entre ellos á Marte, el dios de la guerra, según las ficciones de los poetas; así es que dice Virgilio:

El infatigable Marte, adorado por los getas.

Los godos tributaron durante siglos culto bárbaro á este dios, porque persuadidos de que nada podía ser tan agradable al árbitro de las batallas como la efusión de sangre humana, no le sacrificaban otras víctimas que los prisioneros que cogían. También le consagraban las primicias del botín, colgando en honor suyo despojos en los árboles; y su celo por su culto, preferido á todos los demás, procedía de que creían invocar el nombre del padre común al invocar el suyo. Los godos habitaron en tercer lugar cerca del mar del Ponto; y en esta época se habían hecho más humanitarios y esclarecidos, como antes dijimos. La nación estaba dividida en familias; los visigodos obedecían á la de los balthos; los ostrogodos á los ilustres amalos. Distinguíanse de los pueblos vecinos por su habilidad como arqueros, según atestigua Lucano, más historiador que poeta:

Tender el arco de Armenia con cuerda gética.

Antes de entregarse á este ejercicio celebraban con cánticos, acompañándose con la cítara, las hazañas de sus antepasados, Ethespamara, Hanala, Fridigerno, Widicula y otros, tenidos en grande estima por esta nación y á quienes la antigüedad, que sin cesar se nos propone á nuestra admiración, apenas puede comparar sus héroes más famosos. Por entonces, según se dice, promovió Vesosis guerra á los scitas, que resultó perjudicial para él. Me refiero ahora á aquéllos que testimonios antiguos nos presentan como esposos de las amazonas, guerreras famosas de quienes habla Orosio en el libro primero de su historia; de lo que deducimos la prueba incontestable de que aquel rey combatió contra los godos, cuando atacó, según nuestra certeza, á los esposos de las amazonas. Habitaban éstos entonces alrededor de la Palus Meótida, desde el río Boristhenes, al que llaman

Danubio los habitantes de sus riberas, hasta el río Tanais. Este río Tanais de que hablo es el que, cayendo de las montañas Rifeas, se precipita con tanta rapidez, que mientras se hielan los ríos inmediatos y hasta la Meótida y el Bósforo, solo, calentado por su carrera entre ásperas montañas, resiste al intenso frío de la Scitia y jamás se congela. Este río es el que forma el célebre límite entre Asia y Europa, y otro es el Tanais, que brota en las montañas de los Crinos y se pierde en el mar Caspio. En cuanto al Danubio, brota de vasta laguna, desde la que se extiende como un mar. Hasta mitad de su curso sus aguas son buenas y potables; produce exquisitos peces que no tienen espinas, sino solamente un cartílago para sostenerles el cuerpo; pero al acercarse al Ponto, recibe un afluente pequeño, llamado Asufeo, que es de tal manera amargo, que, á pesar de que todavía conserva la longitud de cuarenta días de navegación, aquel hilo de agua lo cambia, lo corrompe y le hace desconocido, hasta que penetra en el mar entre las ciudades griegas Calípidas é Hipanis. Enfrente de su desembocadura se encuentra una isla llamada Aquilis: y entre estos dos ríos extiéndese vasto territorio, sembrado de bosques y cubierto de peligrosas lagunas.

CAPÍTULO VI

Derrotan los godos al rey de Egipto.—Vesosis.—Sus conquistas en Asia.—Origen de los parthos.

Permanecían, pues, los godos en la Scitia, cuando Vesosis, rey de los egipcios, fué á hacerles guerra. Tenían á la sazón por rey á Taunasis, y cerca del Phaso, ese río de donde proceden las aves fasimas que en todo

el mundo abundan en los festines de los grandes, el rey de los godos encontró al de los egipcios, batiéndolo rudamente y persiguiéndole hasta Egipto; y si las aguas del Nilo ó las fortificaciones que en otro tiempo hizo construir Vesosis á causa de las incursiones de los etíopes no le hubiesen detenido, le habría exterminado en su propio país. Pero no pudiendo derrotarle en sus posiciones, que no abandonaba, regresó y subyugó á casi toda el Asia; y como estaba unido por amistad con Sorno, rey de los medos, dejóle su trono á condición de que le pagaría tributo. Sin embargo, algunos de su victorioso ejército, contemplando la extraordinaria abundancia de las provincias conquistadas, se separaron voluntariamente de sus compañeros y se establecieron en Asia. Según Trogo Pompeyo, de éstos arranca el origen de los parthos, por cuya razón todavía se les llama hoy en lengua scítica fugitivos, porque esto significa la palabra partho. No desmienten éstos su raza, siendo casi los únicos pueblos del Asia que saben manejar el arco y que muestran grande intrepidez en las batallas. En cuanto al nombre de parthos ó fugitivos que les hemos dado, he aquí la etimología, según algunos: fueron llamados parthos por haber abandonado á sus padres.

Habiendo muerto el rey de los godos Taunasis, sus pueblos le pusieron en el rango de los dioses.

CAPÍTULO VII

Las amazonas.—Sus guerras.—Fundan el templo de Epheso. Descripción del Cáucaso.

Después de su muerte, mientras su ejército, bajo las órdenes de su sucesor, realizaba una expedición á otras comarcas, un pueblo vecino atacó á las mujeres de los

godos, queriendo apoderarse de ellas; pero resistieron valerosamente á los raptores y rechazaron ignominiosamente al enemigo que caía sobre ellas. Esta victoria aseguró y acrecentó su audacia: excitáronse unas á otras, empuñaron las armas y eligieron para mandarlas á Lampeto y Marpesia, dos de ellas que habían mostrado mucha resolución. Queriendo éstas llevar la guerra al exterior y atender al mismo tiempo á la defensa del país, se sortearon, tocando á Lampeto quedarse para guardar las fronteras. Entonces Marpesia se puso á la cabeza de un ejército de mujeres y llevó al Asia aquellos soldados de nueva especie. Sometiendo allí los pueblos, unos por las armas y conciliándose otros por amistad, llegó al Cáucaso, donde permaneció algún tiempo, y dió su nombre al paraje donde se detuvo: roca de Marpesia. Así lo dice Virgilio:

Como dura sílice ó roca de Marpesia.

En este punto fué donde más adelante Alejandro Magno estableció puertas que llamó Pylas Caspianas y que hoy guarda la nación de los lazos para defensa de los romanos. Después de permanecer algún tiempo en aquel país, cobraron valor las amazonas; salieron de él, y cruzando el río Alys, que corre cerca de la ciudad de Gargano, subyugaron con fortuna nunca desmentida la Armenia, la Siria, la Cilicia, la Galacia, la Pisidia y todas las ciudades del Asia: después volvieron hacia la Jonia y la Etolia, y sometieron estas provincias. Allí se prolongó su dominación y hasta fundaron ciudades y fortalezas, á las que dieron su nombre. En Epheso elevaron á Diana, á causa de su pasión por el tiro del arco y la caza, ejercicios á que siempre se habían entregado, un templo maravillosamente hermoso en el que prodigaron riquezas. Habiendo hecho la fortuna de la mane-

ra dicha á las mujeres de la nación de los scitas dueñas del Asia, la conservaron cerca de cien años, y al fin volvieron al lado de sus compañeros, en las montañas Marpesianas, de que ya hemos hablado, esto es, al monte Cáucaso. Y como nuevamente nos ocupamos de este monte, creo que no está fuera de mi asunto describir la cadena y su posición; tanto más, cuanto que, como es sabido, rodea sin interrupción la parte más grande del mundo. Surge el Cáucaso del Océano Indio; la vertiente que mira á Mediodía está desecada y abrasada por el sol, mientras que la que da al Septentrión se encuentra azotada por fuertes vientos y por nieves. Este monte se replega en seguida sobre la Siria, donde forma un ángulo curvo; da origen á numerosos ríos del Asia, entre ellos el Eufrates y el Tigris, haciéndoles correr de perennes manantiales como de fecundos pechos. Estos ríos, navegables según la opinión más general, abrazan la tierra de los asirios, dan su nombre â la Mesopotamia, llevan á ella los viajeros y descargan sus aguas en el mar Rojo. El Cáucaso vuelve en seguida hacia el Norte y corre por la Scitia formando largos circuitos. Allí lleva al mar Caspio otros ríos muy conocidos, tales como el Araxes, el Cissus, el Cambises, y avanza sin interrupción hasta los montes Rifeos. Desde allí desciende al Ponto, y su elevación sirve de barrera á los pueblos scitas. En fin, únense sus cumbres y viene á tocar al Ister en el punto donde se divide este río. Además del nombre de Cáucaso, lleva también en Scitia el de Tauro. Tal es, pues, este monte tan grande, el más grande quizá de todos; ese monte cuyas atrevidas cumbres ofrecen á las naciones natural é inexpugnable parapeto. Por intervalos su cadena se rompe ó se entreabre, formando desfiladero, llamándose puertas Caspianas, Armenianas ó Cilicianas, según el país donde se encuentra el desfiladero. Apenas pue-

de pasar un carro por ellos, y las paredes están cortadas á pico. El nombre del Cáucaso varía según las diferentes naciones: el indio le llama Jamnio y después Propanismo; el partho le llama primero Castra y más adelante Niface; el sirio y el armenio, Tauro; el scita, Cáucaso y Rifeo; y allí donde concluye otra vez, Tauro. Otros nombres existen también que los pueblos han dado á este monte; pero ya hemos hablado bastante de él; volvamos á las amazonas que hemos dejado.

CAPÍTULO VIII

Matrimonios de las amazonas con los pueblos vecinos.—Cómo trataban á sus hijos recién nacidos.

Temiendo éstas que se extinguiese su raza, pidieron esposos á los pueblos vecinos, conviniendo con ellos reunirse una vez al año, de manera que, en adelante, cuando viniesen á buscarlas, entregarían á los padres todos los varones que hubiesen nacido, mientras que las madres instruirían en los combates á las hembras. O bien, según refieren otros, cuando daban á luz varones, les odiaban mortalmente y les arrancaban la vida. Así, pues, el alumbramiento, saludado, como es sabido, con transportes de alegría en todo el resto del mundo, entre ellas es abominable. Esta reputación de barbarie extendía en derredor de las amazonas profundo terror; porque, pregunto yo: ¿qué podía esperar el enemigo prisionero de mujeres que no perdonaban ni á sus hijos? Refiérese que Hércules combatió contra las amazonas y que Melanés las sometió más por astucia que por fuerza. Teseo á su vez se apoderó de Hipólita, de la que tuvo á su hijo Hipólito. Después de ésta tuvieron las amazonas por reina á Pentesilea, cuyas hazañas en

la guerra de Troya han llegado hasta nosotros. Créese que el imperio de estas mujeres llegó hasta Alejandro Magno.

CAPÍTULO IX

Los godos casados con amazonas.—El rey Telefo.—Su origen. Situación de la Mesía.—Empresas de Telefo.—Su muerte.

Mas para que no digáis que habiéndome propuesto hablar de los godos insisto demasiado en sus mujeres, oid ahora las grandes hazañas de estos varones. Un historiador muy diligente en la investigación de las antigüedades, Dion, en la obra que tituló *Gétila*, y ya hemos demostrado más arriba que los getas eran godos, según el testimonio de Paulo Orosio; Dion, repito, habla de uno de sus reyes llamado Telefo, que vivió en tiempos mucho menos lejanos de los referidos. Y no se diga que este nombre es extraño á la lengua goda, porque nadie ignora que el uso hace familiares á los pueblos muchos nombres que se apropian: así, pues, los romanos los tomaron frecuentemente de los macedonios, los griegos de los romanos, los sármatas de los germanos, los godos de los hunnos. Este Telefo, hijo de Hércules y de Auge, hermana de Priamo, fué casado, siendo muy notable por su elevada estatura y mucho más por sus temibles fuerzas, igualando su valor al de su padre Hércules, cuyas facciones y carácter reproducía. Fué su reino el país que nuestros antepasados llamaron Mesia, limitado al Oriente por la desembocadura del Danubio, por la Macedonia al Mediodía, á Poniente por la Histria, y otra vez por el Danubio al Septentrión. Telefo guerreó con los griegos y mató á su jefe Tesandro; y cuando en el combate al atacar á Ajax y persi-

guiendo á Ulises cayó su caballo arrastrándole, Ulises le clavó la lanza en un muslo, causándole una herida de que no pudo curar en mucho tiempo; sin embargo, aunque herido, rechazó á los griegos de sus fronteras. A la muerte de Telefo le siguió su hijo Euripilo, cuya madre era hermana de Priamo, rey de los frigios. Por cariño á Casandro, y deseando socorrer á su padre y parientes, quiso tomar parte en la guerra de Troya, pereciendo á su llegada.

CAPÍTULO X

Guerras de Cyro contra Tamaris, reina de los getas.—Ciudad de Tamaris, fundada en Mesia.—Guerra de Darío y de Jerjes contra los godos.—Alianza de Filipo con los godos.—Irrupción de éstos en Grecia.

Largo intervalo había mediado desde entonces, seiscientos treinta años próximamente, cuando, según asegura Pompeyo Trogo, Cyro, rey de los persas, emprendió contra Tamaris, reina de los getas, una guerra que le fué fatal. Enorgullecido por la conquista del Asia, intentó subyugar á los getas, sobre los que reinaba Tamaris, según acabamos de decir. Podía ésta detener á Cyro en el paso del Arapes, pero dejó que lo cruzase, prefiriendo deber la victoria á su brazo que á la ventajosa posición que ocupaba. Y así sucedió. A la llegada de Cyro fué primeramente tan favorable la fortuna á los parthos, que destrozaron al hijo de Tamaris y al numeroso ejercito que mandaba; pero en otra batalla los getas, mandados por su reina, vencieron á los parthos, haciendo terrible carnicería y arrebatándoles rico botín. Entonces fué cuando los godos vieron por primera vez tiendas de seda. Después de la victoria, encontrándose

la reina Tamaris en posesión del inmenso botín cogido al enemigo, pasó á la parte de la Mesia que hoy se llama Scitia menor, nombre que ha tomado de la grande Scitia, y fundó en aquel país, donde después fué adorada, una ciudad que, de su nombre, se llamó Tamaris. Más adelante, Darío, rey de los persas é hijo de Hystaspis, pidió en matrimonio á la hija de Antriregiro, rey de los godos, empleando ruegos primeramente y después amenazas para el caso en que no se accediese á su petición. Pero los godos rechazaron con desprecio aquella unión y desvanecieron las esperanzas de los embajadores. Enfurecido al verse rechazado, Darío hizo marchar contra ellos un ejército de ochenta mil hombres, sacrificando de esta manera la sangre de sus súbditos á la venganza de una injuria personal. Estableció un puente de barcas desde las inmediaciones de Calcedonia hasta Bizancio, y pasó á la Thracia y después á la Mesia. Otro puente semejante había construído sobre el Danubio; pero fatigado por reiterados ataques, en los que perdió ocho mil hombres en dos meses, y temiendo que el enemigo se apoderase de su puente sobre el Danubio, huyó precipitadamente, volviendo á la Thracia sin atreverse siquiera á detenerse en la Mesia, en la que no se encontraba bastante seguro. Después de su muerte, su hijo Jerjes, queriendo vengar la derrota de su padre, marchó contra los godos á la cabeza de doscientos mil persas y de trescientos mil auxiliares. Tenía, además, setecientas naves de guerra y tres mil de transporte, y, sin embargo, fracasó en su empresa, teniendo que ceder al obstinado valor de los godos. Regresó, pues, como había venido, sin librar ningún combate y sin llevar otra cosa que vergüenza. Más adelante, Filipo, padre de Alejandro Magno, hizo amistades con los godos y tomó por esposa á Medopa, hija del rey Gothila. Este matrimonio, al hacerle más fuerte, le ponía tam-

bién en condiciones de robustecer el imperio macedónico; y, sin embargo, por aquel mismo tiempo, según refiere Dion, falto de dinero Filipo, reunió un ejército con el propósito de saquear la ciudad de Udisitana, en la Mesia, cuya ciudad, estando inmediata á la de Tamaris, obedecía entonces á los godos. Pero, al aproximarse, parte de los sacerdotes godos, aquéllos á quienes llaman los piadosos, se apresuraron á abrir las puertas de la ciudad y salieron á recibirle, llevando cítaras y vestidos de blanco, pidiendo con suplicantes cánticos á los dioses de sus padres que les fuesen propicios y alejase de ellos á los macedonios. Viéndoles éstos venir hacia ellos con tanta confianza, quedaron sorprendidos, y, si es posible hablar así, guerreros armados se encontraron dominados por hombres débiles é inermes. Aquel ejército, reunido para combatir, se dispersó en el acto; y no solamente respetaron los macedonios aquella ciudad, cuya destrucción parecía segura, sino que hasta devolvieron aquellos habitantes suyos que, encontrándose fuera de las murallas, habían caído en su poder, según las leyes de la guerra, y regresaron á su país después de ajustar un tratado con los godos. Mucho tiempo después, en recuerdo de esta perfidia, el ilustre jefe de los godos, Sitaclo, al frente de ciento cincuenta mil guerreros marchó á hacer la guerra á los atenienses, ó más bien á Perdicas, rey de Macedonia; porque Alejandro, muriendo en Babilonia de la bebida emponzoñada que la traición de un oficial suyo le había preparado, había designado á Perdicas para reinar después de él sobre los atenienses. Sitaclo tuvo con él empeñado combate, en el que quedaron vencedores los godos; y de esta manera, por vengar una injuria que antiguamente habían recibido de los griegos en la Mesia, los godos hicieron irrupción en la Grecia y devastaron toda la Macedonia.

CAPÍTULO XI

Llega Boroista Diceneos á las tierras de los godos.—Les enseña la filosofía y adquiere gran prestigio entre ellos.—Le sucede Comosico.

Más adelante y en el tiempo en que Sila se apoderó de la dictadura en Roma, vino á Gocia Boroista Diceneo. Tenían á la sazón por rey los godos á Sitaclo, que se aficionó mucho á Boroista Diceneo, invistiéndole de autoridad casi soberana. Por consejo suyo talaron los godos las tierras de los germanos, que actualmente ocupan los francos. César, que fué el primero que se arrogó el poder supremo en Roma; César, que sometió á su autoridad casi el mundo entero, y subyugó no solamente los reinos, sino también las islas que el Océano separa de nuestro continente; César, que hizo tributarios de Roma á aquellos mismos que jamás habían oído pronunciar su nombre; César, repito, intentó muchas veces dominar á los godos, pero sin conseguirlo. Reina Tiberio, y es el tercer emperador que cuentan los romanos, y los godos conservan, sin embargo, su independencia. Éstos aspiran entonces á la única cosa útil é importante á sus ojos: seguir los consejos de Diceneo y cumplir puntualmente sus preceptos. Viendo éste su docilidad para obedecerle, y encontrando en ellos natural inteligencia, les enseñó casi todas las ramas de la filosofía, porque era hábil maestro en esta ciencia. Enseñóles moral para desterrar sus bárbaras costumbres; física para hacerles vivir, en conformidad con la Naturaleza, bajo las leyes que les dió, leyes cuyo texto escrito conservan todavía los godos, al que llaman *Bellagines*. Enseñóles lógica, haciendo por este medio superior su razón á la de los otros pueblos. En

fin, mostróles la práctica, exhortándoles á no hacer de sus vidas otra cosa que serie continua de buenas acciones. En seguida les dió á conocer la teoría, y, descubriéndoles todos los secretos de la astronomía, les explicó los doce signos del Zodíaco, la marcha de los planetas á través de estos signos, cómo el disco de la Luna aumenta y disminuye, y les hizo ver cuánto mayor es que la Tierra el abrasado globo del Sol. En fin, les hizo saber los nombres de trescientas cuarenta y cuatro estrellas, y por qué signos pasan para acercarse ó separarse del polo celeste en su rápido curso de Oriente á Occidente. Y yo os pregunto: ¿Cuánta debió ser la constancia de aquellos animosos hombres para sacrificar de esta manera al estudio de la filosofía los pocos días que pasaban sin combatir? Habríais visto al uno contemplando el estado del cielo; al otro estudiando las diferentes influencias de la Luna; á éste, sea un eclipse de Sol, sea la ley que lleva á este astro al Oriente, cuando arrastrado por la evolución del cielo precipita su carrera hacia Occidente. Habiendo enseñado Diceneo estas cosas y otras muchas á los godos, consideráronle éstos como ser sobrenatural, por lo que gobernó no solamente los pueblos, sino también á los reyes. Eligió entre ellos á los varones más nobles y sabios, les instruyó en las cosas de la religión, les inició en el culto de algunas divinidades y de sus altares, é instituyó sacerdotes, á los que llamó *Pileati,* creo que en atención á que celebraban los sacrificios con la cabeza cubierta con una tiara, á la que damos el nombre de *pileus*. Dispuso que se diese el nombre de *capillati* al resto de la nación; y de tal manera honran este nombre los godos, que hoy mismo lo mencionan en sus cánticos. Después de la muerte de Diceneo, profesaron casi igual veneración á Comosico, cuya sabiduría igualaba á la del anterior. Éste, á causa de sus vastos conocimientos, fué

á la vez rey y pontífice de los godos, y juzgaba á los pueblos en su justicia.

CAPÍTULO XII

Corilo, rey de los godos.—Dacia antigua. Su situación.—Descripción del Danubio.

Habiendo muerto Comosico, subió al trono Corilo y reinó sobre los godos cuarenta años en la Dacia. Refiérome á la antigua Dacia, la que, como es sabido, ocupan actualmente los gépidas. Esta comarca, situada enfrente de la Mesia, al otro lado del Danubio, está rodeada por un cinturón de montañas y no tiene más que dos salidas, llamadas Bontas la una y Tabas la otra. Llamada Dacia antiguamente, después Gocia, bajo los godos, actualmente, como ya dijimos, lleva el nombre de Gepidia. Limítanla al Oriente los roxolanos; al Poniente los tamacitas; al Septentrión los sármatas, y á Mediodía la corriente del Danubio, separando el curso del río á los tamacitas y roxolanos. Pero ya que acabo de mencionar el Danubio, creo que no será superfluo indicar aquí algunas particularidades notables. Tiene este río su origen en el país de los alemanes, y recibe sesenta ríos desde su nacimiento hasta el Ponto Euxino, donde desemboca. Estos ríos, que surcan sus orillas á derecha é izquierda en espacio de mil doscientos pasos, le dan figura de aleta de pescado. Cuando toma el nombre de Hister, que los bessos le dan en su lengua, adquiere prodigiosa anchura, y sus aguas alcanzan hasta doscientos pies de profundidad. Así es que este inmenso río sobrepuja á todos los demás, no teniendo otro rival que el Nilo. Pero ya hemos hablado bastante del Danubio: con auxilio del Señor, volvamos á nuestro asunto, de que nos hemos separado.

CAPÍTULO XIII

Dorpaneo, rey de los godos.—Sus victorias contra los romanos durante el reinado de Domiciano.—Anses.

Mucho tiempo después, bajo el reinado del emperador Domiciano, desconfiando los godos de su avaricia, rompieron la alianza que habían ajustado antiguamente con otros emperadores, pusieron en fuga á los soldados y generales romanos y devastaron la ribera del Danubio, de la que estaba el Imperio en posesión desde mucho tiempo. Había sucedido á Agripa Pompeyo Sabino en el gobierno de aquella provincia; los godos, por su parte, tenían por rey á Dorpaneo: llegóse á las manos; los godos derrotaron á los romanos, cortaron la cabeza á Pompeyo Sabino, y apoderándose de considerable número de fortalezas y ciudades pertenecientes al Emperador, las saquearon. En la extremidad á que se hallaban reducidos sus súbditos, Domiciano se apresuró á pasar á la Iliria (1) con todas sus fuerzas, y dió orden á Fusco, á quien confió el mando de casi todas las fuerzas militares del Imperio, para que cruzase el Danubio por un puente de barcas con soldados escogidos y que marchase contra el ejército de Dorpaneo; pero los godos no se dejaron sorprender. Empuñaron las armas, y desde el primer encuentro deshicieron á los romanos, mataron á su general Fusco y saquearon su campamento después de asaltarlo. Con ocasión de esta gran victoria dieron los godos el nombre de anses, es decir, semidioses, á sus jefes, porque les parecían excesiva-

(1) Domiciano no fué personalmente contra los dacios, sino que envió á sus generales, lo que no le impidió decretarse doble triunfo, que fué una irrisión según Tácito. (*Ágricola XXXIX.*)

mente favorecidos por la fortuna para no ser más que mortales. Ahora voy á exponer brevemente su genealogía: escuchadme, pues, vosotros que imparcialmente me leéis, y os diré con exactitud de qué padre desciende cada uno de ellos, quién fué el tronco de su raza y quién el último vástago.

CAPÍTULO XIV

Genealogía de los amalas.—División de los godos en visigodos y ostrogodos.

El primero de todos, según los mismos godos mencionan en sus poesías, fué Gapt, que engendró á Halmal; Halmal engendró á Augis; Augis engendró al que lleva el nombre de Amala, que es el tronco de los amalas; Amala engendró á Isarna; Isarna engendró á Ostrogota; Ostrogota engendró á Unilt; Unilt engendró á Athal; Athal engendró á Achiulfo; Achiulfo engendró á Asila y Ediulfo, Vuldulfo y Hermerico; Vuldulfo engendró á Valeravano; Valeravano engendró á Winitharo; Winitharo engendró á Teodomiro, Walemiro y Widemiro; Teodomiro engendró á Teodorico; Teodorico engendró á Amalasuenta; Amalasuenta engendró á Atalarico y Mathasuenta, que tuvo de su esposo Uterico y de la misma sangre que ella; porque Hermerico, hijo de Achiulfo, de quien antes he hablado, engendró á Humiundo; Humiundo engendró á Torismundo; Torismundo engendró á Berimundo; Berimundo engendró á Widerico; Widerico engendró á Ertarico, y éste, siendo esposo de Amalasuenta, engendró á Atalarico y á Matasuenta. Habiendo muerto joven, Matasuenta cas ócon Witichis y no tuvo hijos. Belisario les llevó á los dos á Constantinopla; y habiendo muerto allí Witichis, el

patricio Germano, hijo de un hermano de nuestro señor el emperador Justiniano, tomó por esposa á esta misma Matasuenta, elevándola al rango de patricia ordinaria; de ella tuvo un hijo que se llamó Germano, como su padre. Muerto Germano, su viuda resolvió no volver á casarse. En el lugar propio daremos á conocer (si tal es la voluntad del Señor) cómo tuvo fin el reinado de los amalas: ahora, volvamos á nuestro asunto, del que nos hemos separado, y hablemos del tiempo en que la nación de que se trata puso al fin término á sus correrías. El historiador Ablavio refiere que, mientras los godos, como ya hemos dicho, habitaban en la Scitia y en la ribera del Ponto Euxino, aquellos de los suyos que moraban en la parte Oriental y que tenían por jefe á Ostrogota, fueron llamados ostrogodos (ignórase si por el nombre del jefe ó por su posición oriental); y que los otros, los establecidos al Occidente, recibieron el nombre de visigodos. Ya hemos dicho que después de atravesar el Danubio habitaron por algún tiempo en la Mesia y en la Thracia.

CAPÍTULO XV

Origen del emperador Maximino.—Su prodigiosa fuerza.—Cómo llega á ser emperador.—Persigue á los cristianos.—Su muerte.—Le sucede Filipo.

De los godos que quedaron en esta comarca salió Maximino, Emperador después de la muerte de Alejandro, hijo de Mammea. Así lo refiere Simmaco en el libro quinto de su historia. Muerto Alejandro César, dice, el ejército eligió emperador á Maximino, nacido en Thracia de obscuro origen. Su padre era godo, y tenía por nombre Mecca; su madre era alana y se llamaba Ababa. En

el tercer año de su reinado, y durante la persecución que hacía sufrir á los cristianos, perdió juntamente el Imperio y la vida. Era emperador Severo y celebraba el día del nacimiento de un hijo suyo, cuando, al salir Maximino de una infancia pasada en los bosques, cambió la vida de pastor por la de soldado. Daba el príncipe juegos militares; entre los espectadores se encontraba Maximino, quien, joven y semi-salvaje, al ver los premios expuestos, pidió en su bárbara lengua al emperador permiso para luchar con soldados de experimentada destreza. Sorprendido Severo por su elevada estatura, que excedía de ocho pies, dispuso, según se dice, que pelease con escuderos, no queriendo exponer á soldados á algún ultraje de parte de aquel rústico. Tal fué la fortuna de Maximino, que derribó á diez y seis escuderos sucesivamente sin descansar un momento: adjudicósele el premio y recibió orden de ingresar en la milicia. Al principio se le recibió en la caballería. Habiendo ido tres días después el Emperador al campo de maniobras y viéndole moverse de manera bárbara, mandó al tribuno que le castigase, para doblegarlo á la disciplina romana. Observando Maximino que el príncipe hablaba de él, se acercó y comenzó á adelantar á su caballo á la carrera. Entonces el Emperador, aguijoneando al animal y sacándolo al galope, le hizo realizar diferentes evoluciones, describiendo á uno y otro lado numerosos círculos, hasta que creyó rendido á Maximino, diciéndole en seguida: «¿Acaso no puedes después de la carrera luchar á lo thracio?» «Emperador, le respondió, como te plazca.» Apeándose en seguida Severo, mandó que luchase con soldados recientemente alistados; Maximino arrojó al suelo á siete de los más vigorosos, sin tomar descanso alguno: por esta razón fué el único á quien el Emperador concedió un collar de oro, además de los premios en dinero, haciéndole pasar

en seguida á sus guardias. Más adelante, bajo Antonino Caracalla, fué colocado á la cabeza de los guardias, creciendo su reputación con sus buenas acciones y siendo recompensada su bravura con diversos grados en la milicia, hasta el de centurión. Sin embargo, al advenimiento de Macrino al Imperio, rehusó servir durante tres años; y aunque entonces tenía el grado de tribuno, no se presentó jamás ante el nuevo emperador, considerándole indigno de reinar por haber arrebatado mediante un crimen el trono á Heliogábalo. Volvió después al servicio bajo el reinado del que se consideraba hijo de Caracalla, ejerciendo entonces su cargo de tribuno. Después de la muerte de éste, combatió heroicamente contra los parthos, bajo Alejandro, hijo de Mammea. En fin, habiendo sido muerto éste en Maguncia en una revuelta de sus soldados, el ejército, sin consultar al Senado, hizo emperador á Maximino; pero manchó todas sus bellas cualidades con la funesta resolución que tomó de perseguir á los cristianos, y le mató en Aquiba Pupión, dejando el imperio á Filipo. Hemos tomado de la historia de Simmaco lo que acaba de leerse, con objeto de hacer ver que la nación de que se trata en este libro llegó hasta la cumbre de las grandezas romanas. Pero necesario es que volvamos al punto donde comenzó nuestra digresión.

CAPÍTULO XVI

Estado floreciente del pueblo godo á orillas del Ponto Euxino.—Los godos, aliados de los romanos, llegan á ser sus enemigos.—A las órdenes de Ostrogota devastan la Mesia y la Thracia.—Sitio de Marcianópolis.—Por qué motivo fué fundada esta población.

Esta nación ilustró extraordinariamente los parajes que habitó al principio, es decir, la Scitia, á orillas del

Ponto Euxino. Ocupando, como no puede dudarse, tan grandes espacios de terreno, dueña de tantos mares, del curso de tantos ríos, hizo caer muchas veces bajo su mano al vándalo, impuso tributo á los marcomanos y redujo á servidumbre á los príncipes de los quados. Bajo el emperador Filipo, el mismo que he mencionado antes, que fué el único príncipe cristiano con su hijo Filipo, antes de Constantino, y vió en el segundo año de su reinado cumplir Roma su milenario, los godos, justamente descontentos porque no les pagaban su sueldo, se tornaron enemigos, de amigos que eran; porque no obstante que vivían bajo sus reyes en apartado país, eran, sin embargo, federados del imperio y recibían un don anual. ¿Qué más diré? Ostrogota pasó el Danubio con los suyos y devastó la Mesia y la Thracia. Filipo envió contra él al senador Decio, quien poniéndose al frente de las tropas y no alcanzando ventaja alguna, despidió á sus soldados enviándolos á sus hogares, como si por su negligencia hubiesen cruzado los godos el Danubio. Habiéndose vengado de esta manera sobre los suyos por su mal éxito, regresó al lado de Filipo. Pero indignados los soldados por el licenciamiento después de las fatigas que habían soportado, corrieron á ofrecerse al rey de los godos Ostrogota, que les recibió bien, é inflamado con los discursos marchó en seguida contra los romanos al frente de treinta mil hombres, á los que se unieron tafilos, astringianos y tres mil carpianos, raza muy aguerrida y muchas veces funesta á los romanos; pero que, sin embargo, más adelante, el césar Galerio Máximo sometió al Imperio bajo el reinado de Diocleciano. Volvamos á Ostrogota, que habiendo reunido godos y pencenios de la isla de Pence, adyacente á la desembocadura del Danubio en el Ponto Euxino, les dió por jefe á Guaterico, el primero en nobleza de la nación de los godos. Sin más tar-

das partes, se dejaron arrastrar por la envidia y tomaron las armas contra ellos, á pesar de su parentesco. Si preguntáis cómo son parientes los gépidos y los getas, en pocas palabras responderé. Ya dije al comienzo, como debéis recordar, que los godos salieron de la isla Scanzia con su rey Berich y que, en tres naves solamente, llegaron á las orillas de este lado del Océano. Marchando una de aquellas naves con más lentitud que las otras, como suele suceder, dícese que al llegar dieron á los que la montaban el nombre de gépidos, porque en lengua de los godos llámase gepanta al perezoso. De aquí vino que, con el tiempo y por corrupción, los gépidos sean nombrados con una palabra de censura, Por otra parte, está fuera de duda que los gépidos tienen el mismo origen que los godos; pero, como ya he dicho, gepanta significa perezoso, lento, y esta palabra de reconvención, aplicada accidentalmente, ha venido á ser su nombre. Y creo que les conviene perfectamente, porque su ánimo no es tan pronto, su cuerpo es más lento y más pesado que el de los godos. Apoderóse, pues, la envidia de los gépidos, que, despreciados hasta entonces, habitaban una isla del río Viscla, rodeada de valles que, en lengua de sus padres, llamaban gépidos. Allí es donde hoy habita, según se dice, el pueblo de los vividarianos, desde que los gépidos se establecieron en mejores terrenos. Sabido es que estos vividarianos, oriundos de diferentes naciones, se reunieron en aquella isla como en un asilo, fundando de esta manera un pueblo. Como ya hemos dicho, Fastida, rey de los gépidos, excitando á su nación, ensanchó con sus conquistas las fronteras de su país. Después de aplastar á los burgundios, que casi exterminó completamente, y domado además algunas otras naciones, el insensato, provocando á los mismos godos, fué el primero en violar los lazos de la sangre por culpable agresión, y, agui-

joneado por su excesivo orgullo, comenzó á despoblar las tierras que quería unir á las de su pueblo. Primeramente envió legados á Ostrogotha, bajo cuyo Imperio se encontraban reunidos todavía los ostrogodos y los visigodos, dos pueblos que, como es sabido, pertenecen á la misma nación. Quejábase de que estaba encerrado entre abruptas montañas y estrechado por espesas selvas, y le pedía de dos cosas, una: ó que se preparase á la guerra, ó que le cediese parte de sus tierras. Entonces Ostrogotha, rey de los godos, con la firmeza de carácter que le era propia, respondió á los legados que aquella guerra le causaba verdadero horror; que le sería duro, que consideraba como un crimen venir á las manos con sus parientes, pero que no cedía terrenos. ¿Qué más diré? Los gépidos corrieron á las armas, y para que no se les creyese los más fuertes, Ostrogotha marchó contra ellos. Encontráronse los dos ejércitos ante la ciudad de Galtis, á cuyo pie corre el río Aucha. Allí pelearon los dos bandos con gran valor, porque las dos partes empleaban iguales armas y la misma manera de combatir; pero á los godos les ayudó la bondad de su causa y su mayor viveza de carácter. El ejército de los gépidos acabó por ceder, y la noche puso fin al combate. Entonces, abandonando los cadáveres de los suyos, Fastida, rey de los gépidos, regresó precipitadamente á su país, tan humillado por aquella vergonzosa derrota como inflado estuvo antes por su orgullo. Los godos volvieron vencedores, contentos por la retirada de los gépidos, y mientras vivió su jefe Ostrogotha, los nuestros permanecieron en paz en su país.

CAPÍTULO XVIII

Cniva, sucesor de Ostrogotha, conduce á los godos en la Mesia y da muchas batallas á los romanos.—Muerte de Decio.

Después de su muerte, dividiendo Cniva su ejército en dos partes iguales, envió una para devastar la Mesia, sabiendo que se encontraba desguarnecida de tropas por la negligencia de los emperadores, y poniéndose él mismo á la cabeza de setenta mil hombres, subió hacia Eustesium, llamado también Novas. Rechazado por el duque Galo, avanzó hacia Nicópolis, ciudad situada sobre el río Yatro y muy célebre porque Trajano la hizo construir después de haber deshecho á los sármatas, dándole el nombre de la Victoria. Enterado allí Cniva de que el emperador Decio marchaba contra él, se retiró á la Hemonia, de donde no distaba mucho; y después de haber hecho allí sus preparativos, marchó rápidamente hacia Filipópolis. Informado de su marcha el emperador Decio, y queriendo socorrer aquella ciudad que le pertenecía, cruzó una elevada montaña y marchó sobre Berrea. Mientras hacía descansar á sus caballos y ejército fatigado, cayó repentinamente Cniva con sus godos sobre él, destrozó el ejército romano y persiguió al emperador y á corto número de los suyos, que encontraron posibilidad de huir hasta la Toscana, después á través de los Alpes, otra vez hasta la Mesia; donde se encontraba entonces Galo, duque de la frontera, con fuerzas considerables. Reuniendo á las tropas de este último aquellos soldados que habían escapado del enemigo, formó Decio nuevo ejército para continuar la guerra. En cuanto á Cniva, se apoderó de Filipópolis después de largo asedio, la saqueó y se coligó con el

duque Prisco, que la había defendido y que se comprometió á combatir contra Decio. Atacaron, en efecto, á este último, cuyo hijo fué atravesado por una flecha al principio del combate, cayendo mortalmente herido. Refiérese que al saberlo el padre, solamente dijo estas palabras, para tranquilizar, sin duda, el valor de los soldados: «No debemos afligirnos: la pérdida de un soldado en nada disminuye las fuerzas del Estado.» Sin embargo, no pudiendo resistir á su dolor paternal, lanzóse en medio del enemigo, pidiendo morir ó vengar á su hijo. Llegado á Abrupto, ciudad de la Mesia, fué envuelto por los godos, que le dieron muerte. De esta manera perdió el Imperio y la vida. Aquel paraje se llama todavía el altar de Decio, porque antes de la batalla el desgraciado había sacrificado allí á los ídoles.

CAPÍTULO XIX

Galo y Volusiano. Epidemia en su reinado.—Sublevación y muerte de Emiliano.—Galo y Volusiano hacen un tratado de alianza con los godos.

Muerto Decio, reinaron sobre los romanos Galo y Volusiano. Por aquel tiempo una enfermedad pestilente, parecida á la que nos ha afligido antes de estos últimos nueve años, recorrió la faz de todo el Universo, desolando especialmente Alejandría y Egipto. El historiador Dionisio ha hecho el lamentable relato de esta calamidad, que también describió nuestro venerable mártir, el obispo de Cristo, Cipriano, en su libro titulado *De la mortalidad*. En el mismo tiempo, un tal Emiliano, viendo que la negligencia de los emperadores dejaba á los godos devastar impunemente la Mesia, y que no se les podía alejar sin someter al Imperio á grandes sacri-

ficios, se persuadió de que la fortuna no le sería menos favorable. Apoderóse, pues, de la tiranía en la Mesia, y habiéndose atraído todas las tropas, se dedicó á desolar ciudades y habitantes. Mas á los pocos meses, la multitud que le seguía se sublevó contra él, ocasionando graves daños al Imperio. En cuanto á él, pereció al comienzo de su criminal tentativa, y perdió al mismo tiempo la vida y el Imperio que usurpaba. Relativamente á los emperadores Galo y Volusiano, que antes mencioné, á pesar de que abandonaron este mundo después de un reinado que apenas duró dos años, sin embargo, en estos dos años en que no hicieron más que aparecer, su mando fué por todas partes apacible y amado. Una sola cosa les fué imputada como desgracia: la enfermedad general; pero esto por parte de ignorantes y calumniadores, que se complacían en rasgar la vida ajena con sus envenenados dientes. Á su advenimiento al trono ajustaron un tratado (1) de alianza con los godos; y después de su muerte, que ocurrió á poco tiempo de esto, Galieno se apoderó del poder supremo.

CAPÍTULO XX

Invasión de los godos en Asia durante el reinado de Galieno.— Queman el templo de Efeso.—Devastan la Thracia.— Toma de Anchiala.

Mientras este Emperador se entregaba á todo género

(1) Por este tratado, completamente ventajoso á los godos, se les aseguraba el botín que habian recogido en tierras del Imperio; una cantidad de dinero determinada y pagadera todos los años, y, en fin, se les dejaba dueños de llevar cautivos á ciudadanos pertenecientes á las primeras clases del Estado, cuyo mayor número había caído en manos de los bárbaros en la toma de Filipópolis en la Thracia. (*Zósimo*, lib. I, cap. XXIV.)

de disoluciones, Respa y Veduco, Thuro y Varo, jefes de los godos, cogieron naves y pasaron al Asia. Habiendo atravesado el estrecho del Helesponto, asolaron considerable número de ciudades de aquella provincia y quemaron el renombrado templo de Diana en Efeso, fundado en otro tiempo por las amazonas, como ya dijimos. En seguida abordaron á la Bitinia, donde saquearon á Calcedonia, que más adelante restauró en parte Cornelio Avito, pero que hasta hoy, si bien goza de los privilegios de la capital del Imperio, conserva vestigios de devastación, que perpetúan el recuerdo de sus desgracias. Cargados de botín, repasaron los godos el Helesponto con igual fortuna que lo habían cruzado para penetrar en Asia y devastaron en marcha á Troya é Ilión, que comenzaban á respirar un poco después de la guerra de Agamenón, y que de nuevo fueron destruídas por el hierro enemigo. Después de desolar de esta manera el Asia, llevaron la devastación á la Thracia, donde sitiaron y á poco tomaron la ciudad de Anchiala, situada al pie del Hemus, en la vecindad del mar, la misma que en otro tiempo fundó, entre el mar y el Hemus, Sardanápalo, rey de los parthos. Dícese que permanecieron allí muchos días, deleitándose en tomar baños en las aguas templadas que brotan de sus manantiales de fuego, á quince millas de esta ciudad, y las más eficaces de todas las aguas termales del mundo para devolver la salud á los enfermos. Desde allí regresaron los godos á su país.

CAPÍTULO XXI

Maximiano aprovecha los servicios de los godos en Persia, Egipto, etc.—Constantino toma á sueldo cuarenta mil godos con el nombre de federados.

Más adelante, el emperador Maximiano los tomó á sueldo de Roma contra los parthos, á quienes combatieron fielmente las tropas auxiliares que habían suministrado. Pero después que el césar Maximiano, casi con su auxilio solo, puso en fuga á Narsés, rey de los persas, nieto de Sapor el Grande, apoderándose de todas sus riquezas, de sus mujeres, de sus hijos, y que, de acuerdo con Diocleciano, venció á Aquiles en Alejandría: después que Maximiano Herculio hubo deshecho á los quinquegencianos en África, y pacificado el Imperio, comenzó á descuidar á los godos. Sin embargo, hacía mucho tiempo que el ejército romano difícilmente podía prescindir de su auxilio contra cualquiera nación; así es que con frecuencia se ve al Imperio recurrir á ellos, y, por ejemplo, bajo Constantino, cuando llevaron sus armas contra su pariente Licinio, le vencieron, le encerraron en Tesalónica y le derribaron, despojado del Imperio bajo la espada de Constantino victorioso. Cuando fundó éste aquella célebre ciudad, que llegó á ser rival de Roma y á la que dió su nombre, también le prestaron su auxilio los godos, y por un convenio ajustado con el Emperador, le suministraron cuarenta mil hombres para ayudarle á rechazar diferentes naciones. Este cuerpo ha permanecido hasta el día al servicio del Imperio, en igual número y con el mismo nombre, de federados. Los godos florecían de esta manera bajo el mando de sus reyes Ararico y Aorico, á cuya muerte les

sucedió Geberico, tan grande por su valor como por su nobleza.

CAPÍTULO XXII

Origen de Geberico, rey de los godos.—Ataca á Visumar, rey de los vándalos.—Origen de este rey.—País de los vándalos.—Combate á orillas del Marisia.—Vencidos los vándalos, se establecen en la Pannonia.

Fué padre de Geberico Helderico, abuelo Ovida y bisabuelo Cnivida; con sus grandes hazañas igualó la gloria de sus antepasados. Deseando desde los comienzos de su reinado extender su autoridad sobre la nación de los vándalos, atacó á su rey Visumar. Procedía éste de la tribu de los asdingos, la primera de todas entre ellas, y una de las más valientes que se han conocido. Así lo refiere el historiador Dexipo, quien asegura que esta nación empleó casi un año entero para llegar desde las orillas del Océano á nuestras fronteras, á causa de la inmensa extensión de tierras que tuvo que atravesar. Ocupaba entonces el país que habitan los gépidos, entre los ríos Marisia, Miliara, Gilfil y el Grisia, que excede á los otros en magnitud. En aquel tiempo tenían los vándalos los godos al Oriente, al Occidente los marcomanos, al Septentrión los hermunduros, y al Mediodía el Hister, llamado también Danubio. Cuando habitaban aquel país fueron atacados por Geberico, rey de los godos, en las orillas del río Marisia, que ya he nombrado, donde se peleó largo tiempo con fuerzas iguales. Pero al fin fué derribado el rey de los vándalos Visumar, como también gran parte de su nación. En cuanto á Geberico, el glorioso jefe de los godos, después de haber vencido y despojado á sus enemigos, regresó al país de que había salido. Entonces

los pocos vándalos que se habían salvado reunieron á todos los que no podían empuñar las armas y abandonaron su desolada patria. Pidieron la Pannonia al emperador Constantino y se establecieron allí durante cerca de cuarenta años, sometidos á las leyes del Imperio como los habitantes de aquella provincia. Sin embargo, mucho tiempo después salieron al llamamiento de Silicón, maestre de la milicia, ex-cónsul y patricio, para invadir las Galias, donde saquearon á sus vecinos sin fijarse en parte alguna.

CAPÍTULO XXIII

Ermanarico, rey de los godos.—Sus conquistas sobre varios pueblos septentrionales.—Subyuga á los hérulos, los venetos y los estros.

Algún tiempo después de la muerte del rey de los godos Geberico, le sucedió Ermanarico, de la noble familia de los amalas, quien subyugó gran número de gentes belicosas del Septentrión, haciendolas obedecer sus leyes. Así es que con razón algunos de nuestros antepasados lo han comparado con Alejandro Magno; porque sometió y mantuvo bajo su autoridad á los godos, los scitas, los thuidos, los aunxos, los vasinobrontos, los mermos, los mordensimnis, los caris, los rokos, los tadazanos, los athualos, los navegos, los bubegentes y los coldos. Adorándole los pueblos por haber sujetado tan poderosas naciones. Quiso reducir también á su obediencia á los hérulos, de quienes era rey Alarico, y los sometió después de haber exterminado gran parte. Los hérulos, así llamados según el historiador Ablavio, de la palabra *ele,* que en griego quiere decir charca, porque habitan tierras pantanosas cerca de las lagunas Meótidas, estaban dotados de extraordinaria

agilidad, que los hacía tanto más orgullosos, cuanto que no había pueblo en aquel tiempo que no quisiera tener de aquella infantería ligera en sus ejércitos. Pero aunque esta agilidad les hubiese dado alguna vez ventaja sobre otros combatientes, tuvo que ceder al peso y firmeza de los godos: y quiso la fortuna que ellos también, entre las demás naciones géticas, sufriesen la dominación de Ermanarico. Después de la derrota de los hérulos, el mismo Ermanarico volvió sus armas contra los vénetos, que, poco aguerridos, pero fuertes por el número, trataron al pronto de resistirle. Pero el número sólo no puede nada en la guerra, sobre todo ante el número, el valor y la disciplina: así, pues, estos pueblos, aunque nacidos de la misma estirpe, como dijimos al principio de esta historia, en que dimos los nombres de ellos, llevan hoy tres denominaciones, á saber: vénetos, antos y slavos; y si ahora los vemos desencadenados por todos lados á causa de nuestros pecados, entonces prestaron obediencia, tan numerosos como eran, á Ermanarico. Éste subyugó igualmente con su prudencia á la nación de los estros, establecida en las orillas más apartadas del Océano germánico: y, como premio de sus trabajos, dominó sobre todos los pueblos de la Scitia y de la Germania.

CAPÍTULO XXIV

Origen de los hunnos.—Pasan el Palus Meótida.—Subyugan á los scitas y á los alanos.—Retrato de los hunnos.—Suplicio de Sanielh.—Ammio y Saro hieren á Ermanarico.—Los ostrogodos, atacados por los hunnos, se ven abandonados de los visigodos.—Muerte de Ermanarico.

Poco tiempo después, según refiere Orosio, los hunnos, la más feroz de las naciones bárbaras, se levantaron

contra los godos. Consultando la antigüedad, se descubre lo siguiente acerca de su origen: Filimer, hijo de Ganderico el Grande, y rey de los godos, el quinto de los que les gobernaron desde su salida de la isla Scanzia, habiendo entrado por tierras de la Scitia al frente de su nación, como ya hemos dicho, encontró entre sus pueblos á ciertas hechiceras que en el lenguaje de sus padres llamó aliorumnas. La desconfianza que le inspiraban hizo que las arrojase de entre los suyos; y habiéndolas perseguido lejos de su ejército, las rechazó á un terreno solitario. Habiéndolas visto los espíritus inmundos que vagaban por el desierto, se unieron con ellas, mezclándose en sus caricias, y dieron origen á esta raza, la más agreste de todas. Permaneció al principio entre los pantanos, encogida, negra, enfermiza, perteneciendo apenas á la especie humana, y pareciéndose muy poco su lenguaje al de los hombres.

Tal era el origen de los hunnos que llegaron á las fronteras de los godos. Su feroz nación, como refiere el historiador Prisco, permaneció primeramente en la ribera ulterior de la Palus Meótida, ocupándose exclusivamente en la caza, hasta que, habiéndose multiplicado, llevó la perturbación á los pueblos vecinos con sus fraudes y rapiñas. Algunos cazadores de entre los hunnos, estando, según costumbre, en acecho de caza en la orilla ulterior de la Palus Meótida, vieron de pronto presentarse delante de ellos una corza, que entró en la laguna, y unas veces avanzando, otras parándose, parecía indicarles un camino. Siguiéronla los cazadores, y atravesaron á pie la Palus Meótida, que consideraban tan poco vadeable como el mar; y después, cuando vieron la tierra de Scitia, que no conocían, desapareció repentinamente la corza. Los espíritus de que descienden los hunnos tramaron esto en odio á los scitas, según creo. Los hunnos, que en manera alguna sospe-

chaban que hubiese mundo al otro lado de la Palus Meótida, quedaron asombrados ante la tierra de Scitia; y como son muy sagaces, parecióles ver una protección sobrenatural en la revelación de aquel camino, que tal vez no había conocido nadie hasta entonces. Regresaron á los suyos, refirieron lo ocurrido y celebraron la Scitia, hasta que al fin persuadieron á su nación para que les siguiera, poniéndose en marcha todos juntos hacia aquellas comarcas por el camino que les mostró la corza. Los scitas que cayeron en sus manos á su llegada los sacrificaron á la victoria, y los demás fueron vendidos y subyugados. En cuanto pasaron aquella inmensa laguna, arrastraron como un torbellino á los alipzuros, los alcidzuros, los itamaros, los tuncases y los boiscos, que vivían en aquel lado de la Scitia. Igualmente sometieron con reiterados ataques á los alanos, que les igualaban en el combate, pero poseyendo más dulzura en las facciones y en la manera de vivir. Así, pues, aquellos mismos que hubiesen podido resistir á sus armas, no podían resistir la vista de sus espantosos rostros y huían á su presencia, dominados por mortal espanto. En efecto; su tez tiene horrible negrura; su rostro es más bien, si se puede hablar así, masa informe de carne que faz, y sus ojos parecen agujeros. Su firmeza y valor se revelan en su terrible mirada. Ejercen la crueldad hasta con sus hijos desde el día en que nacen, porque empleando el hierro, surcan las mejillas á los varones para que antes de mamar la leche se acostumbren á soportar las heridas. Por esta razón envejecen sin barba después de una adolescencia sin belleza, porque las cicatrices que deja el hierro en sus rostros extinguen el pelo en la edad en que tan bien sienta. Son pequeños, pero esbeltos; ágiles en sus movimientos y muy diestros para montar á caballo; anchos de hombros; armados siempre con el arco y prontos

para lanzar la flecha; firme la apostura y la cabeza alta, siempre con orgullo; bajo la figura del hombre, viven con la crueldad de las fieras. Los rápidos movimientos de los hunnos, sus rapiñas sobre grán número de pueblos, cuyo rumor llegaba hasta ellos, consternaron á los godos, que celebraron consejo con su rey para acordar lo que debía hacerse, con objeto de ponerse á cubierto de enemigo tan terrible. El mismo Ermanarico, á pesar de los numerosos triunfos de que antes hablamos, estaba preocupado con la proximidad de los hunnos, cuando le hizo traición la pérfida nación de los roxolanos, una de las que reconocían su autoridad. El motivo fué el siguiente: habiendo abandonado pérfidamente á su marido, una mujer llamada Sanielh, de aquella nación, se enfureció el rey y mandó atarla á cuatro caballos salvajes, cuyo furor se excitó, y la hicieron pedazos. Pero sus hermanos Ammio y Saro, para vengar la muerte de su hermana, hirieron con espada á Ermanarico en un costado. Desde que recibió aquella herida, no hizo otra cosa que arrastrar mísera vida en cuerpo débil. Aprovechando su mala salud, Balamiro, rey de los hunnos, atacó á los ostrogodos, que desde entonces quedaron abandonados por los visigodos, con los que estaban unidos hacía mucho tiempo. En medio de estos acontecimientos, Ermanarico, tan agobiado por los sufrimientos de su herida como por el pesar de ver las correrías de los hunnos, murió muy anciano, á los ciento diez años de edad; dando su muerte ocasión á los hunnos para prevalecer sobre aquellos godos que moraban, como ya dijimos, al lado Oriental, y que llevaban el nombre de ostrogodos.

CAPÍTULO XXV

Alarmas de los visigodos.—Con el consentimiento del emperador Valente se establecen en la Dacia Ripuaria, la Mesia y la Thracia.—Se convierten al arrianismo.

Los visigodos, es decir, aquellos godos que moraban al Occidente, encontrábanse, á causa de los hunnos, con iguales alarmas que sus hermanos, y no sabían qué resolver. Al fin, después de deliberar largamente, pusiéronse de acuerdo para enviar una legación á Romania cerca del emperador Valente, hermano del emperador Valentiniano I, pidiéndole que les cediese una parte de la Thracia ó de la Mesia para establecerse en ella; obligándose, en cambio, á vivir bajo sus leyes y á someterse á su autoridad; y con objeto de inspirarle mayor confianza, ofrecían hacerse cristianos, con tal que les enviase sacerdotes que hablasen su lengua. Valente accedió gustoso en seguida á una petición que hubiera querido dirigirles primeramente. Recibió á los godos en la Mesia y los estableció en esta provincia como parapeto del Imperio contra los ataques de otras naciones. Y como en aquel tiempo el Emperador, dominado por los pérfidos errores de los arrianos, había hecho cerrar todas las iglesias de nuestra creencia, les envió predicadores de su secta, que derramaron el veneno de su herejía en el alma de aquellos recién llegados incultos é ignorantes. Así fué que, por los cuidados del emperador Valente, los visigodos no se hicieron cristianos, sino arrianos. Éstos á su vez anunciaron el Evangelio, tanto á los godos como á los gépidos, á los que les unían lazos de sangre y amistad: transmitiéronles sus heréticas creencias y atrajeron por todas partes

á las prácticas de aquella secta todos los pueblos que hablaban su lengua. Al mismo tiempo pasaron el Danubio, como ya se ha dicho, y se establecieron, con el consentimiento del Emperador, en la Dacia Ripuaria, la Mesia y la Thracia.

CAPÍTULO XXVI

Hambre entre los visigodos.—Rigor con que les tratan los romanos.—Irritados los visigodos devastan las provincias septentrionales del Imperio. Acude Valente contra ellos. Es derrotado. Su muerte.

Ocurrióles lo que de ordinario sucede á toda nación mal establecida en un país: padecieron del hambre. Entonces Fridigerno, Alhateo y Safrach, los más notables de ellos y jefes que les gobernaban á falta de reyes. compadeciéndose de la penuria del ejército, suplicaron á los generales romanos Lupicino y Máximo que les vendiesen víveres. ¡Pero á qué excesos lleva la impía fiebre del oro! Impulsados por la codicia, aquéllos comenzaron á venderles no solamente carne de corderos y bueyes, sino también de perro y de animales repugnantes muertos de enfermedad, y tan cara, que exigían un esclavo por cada libra de pan, y diez libras por un poco de carne. Pronto faltaron esclavos y también muebles: entonces aquellos sórdidos mercaderes, no pudiendo ya arrebatarles nada, llegaron hasta á pedirles sus hijos; y los padres se resignaron á entregarlos, prefiriendo en su amor á aquellas prendas adoradas, verles perder la libertad ó verles perder la vida. ¿No es, en efecto, más humanitario vender un hombre para asegurarle la sustentación, que dejarle morir de hambre para salvarle de la esclavitud? Sucedió, pues, en aquel tiempo de

aflicción, que Lupicino, general de los romanos, invitó á Fridigerno, régulo de los godos, á un festín: éste era un lazo que le tendía, como se verá más adelante. Acudió al banquete sin desconfianza Fridigerno, llevando corta comitiva, y cuando se encontraban á la mesa en el interior del pretorio, oía los gritos de los desgraciados que morían de hambre. En seguida observó que habían encerrado á los que le acompañaban en lugar separado, y que los soldados romanos, por orden de su general, se esforzaban en exterminarlos. Los angustiosos gritos de los moribundos llegaban á sus oídos, llenándole de zozobra; y de pronto, no pudiendo dudar de la celada, sacó la espada Fridigerno en medio del festín: precipítase, no sin grave riesgo, salva á los suyos de segura muerte y los excita á exterminar á los romanos. Viendo ofrecérsele una ocasión que anhelaba, aquellos varones animosos prefirieron exponerse á perecer combatiendo á morir de hambre, y en el acto tomaron las armas para inmolar á los generales Lupicino y Máximo. Aquel día terminó la penuria de los godos y la seguridad de los romanos. Entonces comenzaron los godos á no ser ya extranjeros y fugitivos, sino ciudadanos y dueños absolutos de los poseedores de la tierra, conservando bajo su autoridad todas las provincias septentrionales hasta el Danubio. El emperador Valente recibió la noticia en Antioquía, y en seguida hizo tomar las armas á su ejército, dirigiéndose á la Thracia. Allí libró una batalla que le fué fatal, porque le vencieron los godos. Herido y fugitivo, se refugió en una casa de campo, cerca de Adrianópolis. Ignoraban los godos que aquella pobre morada encerraba al Emperador, y la prendieron fuego, que, redoblando en violencia, acabó con la pompa real y la vida de Valente. Así se cumplió el juicio de Dios, que quiso que fuese quemado por los mismos á quienes había extraviado hacia

la herejía, cuando le pedían ser instruídos en la verdadera fe, y á los que había separado del fuego de la caridad para entregarlos á las llamas del infierno. Después de esta victoria tan gloriosa para ellos, encontrándose los godos dueños de la Thracia y de la Dacia Ripuaria, se establecieron allí como si estas comarcas les hubiesen pertenecido siempre.

CAPÍTULO XXVII

Teodosio. Expulsa á los godos de la Thracia.—Fridegerno devasta la Tesalia, el Epiro y la Acaya.—Safrach y Alatheo ocupan la Pannonia.—Tratado de paz entre Graciano y los godos.

El emperador Graciano eligió para suceder á Valente á su tío Teodosio, á quien llamó de España y puso á la cabeza del imperio de Oriente. Pronto quedó restablecida la disciplina militar, experimentando los godos mucho temor al ver desterradas la molicie y negligencia de los antiguos príncipes. El nuevo Emperador templaba la severidad del mando con la liberalidad y dulzura para levantar el valor del ejército. Dotado de grande actividad, hacíase notable por su bravura tanto como por su prudencia. En cuanto al advenimiento de un príncipe digno del mando hubo devuelto la confianza á las tropas, se enardecieron para atacar á los godos y los arrojaron de la Thracia; pero habiendo caído Teodosio tan gravemente enfermo que casi se desesperaba de su vida, cobraron de nuevo valor los godos. Dividieron su ejército: Fridigerno marchó á devastar la Tesalia, el Epiro y la Acaya, mientras que Alatheo y Safrach penetraban en la Pannonia con el resto de las tropas. El emperador Graciano había salido de Roma

para marchar á las Galias á causa de la irrupción de los vándalos, cuando recibió esta noticia. Viendo que, mientras Teodosio sucumbía, sin esperanza, de una enfermedad fatal, extendían los godos sus estragos, reunió un ejército y marchó en seguida contra ellos; pero no confiando en sus fuerzas, prefirió reducirles con obsequios y regalos; y habiéndoles concedido paz y víveres, ajustó con ellos un tratado. Más adelante, cuando se restableció el emperador Teodosio y tuvo conocimiento de las capitulaciones establecidas por Graciano entre godos y romanos, la alianza, que él mismo había deseado, le llenó de regocijo y consintió el tratado de paz.

CAPÍTULO XXVIII

Atanarico en Constantinopla. Su muerte.— Se restablece la confederación con los romanos.—Militan á las órdenes de Teodosio contra el tirano Eugenio.

Por medio de regalos y afable trato se atrajo al rey Atanarico, que acababa de suceder á Fridigerno, y le invitó á que fuese á verle en Constantinopla. Gustoso aceptó la invitación, y cuando entraba en la ciudad imperial, lleno de admiración, exclamó: «Ahora veo lo que frecuentemente había oído sin creerlo: el esplendor de esta gran ciudad.» Y dirigiendo á uno y otro lado la vista, contemplaba con sorpresa en tanto la posición de la ciudad y las naves que salían y llegaban, en tanto sus célebres fortificaciones, donde se reunían los pueblos de diferentes comarcas, como de diversos puntos se ven surgir las aguas de un manantial. Pero cuando contempló los soldados en orden de batalla, «no puede dudarse, dijo, que el Emperador es un dios sobre la tierra; y el que alzare la mano contra él, debe expiarlo con

su sangre.» En medio de estos arrebatos de admiración, en el seno de los honores de que le colmaba diariamente el Emperador, murió pocos meses después de su llegada. En el afecto que le profesaba le tributó Teodosio tal vez más honores en la muerte que durante su vida; porque le dió sepultura digna de su rango, y hasta quiso preceder personalmente al féretro en el cortejo fúnebre. Después de la muerte de Atanarico, todo el ejército continuó al servicio de Teodosio, reconociéndose sujeto al imperio romano y, en cierto modo, formando un solo cuerpo con la milicia. Restableciéronse en igual número y con el mismo nombre los federados del emperador Constantino; y Teodosio, confiando en su fidelidad y adhesión, llevó consigo más de veinte mil contra el tirano Eugenio, que se había apoderado de la Galia después que perdió la vida Graciano; y habiendo hecho la victoria caer entre sus manos á aquel Emperador, se vengó de su rebelión.

CAPÍTULO XXIX

Muerte de Teodosio.—Los godos no reciben las pagas.—Alarico, elegido rey. Su origen. Invade Italia y acampa cerca del puente Condiniano.—Descripción de Ravena.

Pero después que murió Teodosio, amante de la paz y de la nación de los godos, sus hijos se dedicaron á arruinar uno y otro Imperio con su vida fastuosa, y dejaron de pagar á sus auxiliares, es decir, á los godos, los subsidios acostumbrados. Los godos comenzaron desde luego á disgustarse de estos príncipes, disgusto que fué en aumento; y por temor de que se enmoheciese su valor en paz demasiado larga, eligieron por rey á Alarico, de la familia de los balthos, raza heroica

y la segunda nobleza después de los amalas. Este nombre de baltho, que quiere decir valiente, se lo habían dado los suyos desde muy antiguo, á causa de su arrojo é intrepidez. En cuanto le eligieron rey, celebró consejo con los suyos, y los indujo á que conquistaran reinos con sus esfuerzos, en vez de permanecer ociosos bajo la dominación extranjera, y, poniéndose á la cabeza del ejército, siendo cónsules Stilicón y Aureliano, atravesó las dos Pannonias, dejando Firmio á la derecha y entró en Italia, casi sin defensores á la sazón. No encontrando obstáculo alguno, acampó cerca del puente Condiniano, á tres millas de la regia ciudad de Ravena. Esta ciudad, entre pantanos, el mar y el Po, solamente es accesible por un lado. Según antigua tradición, habitáronla en otro tiempo los enetos, nombre que significa «digno de elogio». Situada en el seno del Imperio romano, á orillas del mar Jónico, encuéntrase rodeada por las aguas y como sumergida en ellas, teniendo al Oriente el mar; y si, partiendo de Corcira y de Grecia, tomando á la derecha, se cruza directamente este mar, se pasa primero delante del Epiro, después ante la Dalmacia, la Liburnia, la Istria, y se alcanza á tocar con el remo á Venecia. Al Occidente la defienden pantanos, entre los cuales se ha dejado angosto paso á manera de puerto. Rodéala al Septentrión un brazo del Po, llamado canal de Ascón, y al Mediodía el mismo Po, designado todavía con el nombre de Eridano, y que lleva, sin rival, el nombre de rey de los ríos. Augusto rebajó su cauce, dándole mucha profundidad; pasa por la ciudad la séptima parte de sus aguas, y en su desembocadura forma un puerto excelente, en el que antiguamente, según refiere Dion, podía estacionar con toda seguridad una flota de doscientas cuarenta naves. Hoy, como dice Fabio, en el antiguo emplazamiento del puerto, vense inmensos jardines, llenos de árboles de

los que no penden velas, sino frutos. La ciudad tiene tres nombres, de lo que se gloría, como de los tres barrios que la dividen, y á los cuales corresponden: el primero es Ravena, el último Classis, el del centro Cesárea, entre Ravena y el mar. Construído sobre terreno arenoso, este último barrio es llano y suave y cómodamente situado para los transportes.

CAPÍTULO XXX

Alarico frente á Ravena. Para alejarle, cédele Honorio la Galia y la España.—Partida de los godos para dichas provincias.—Perfidia de Stilicón.—Ataca á los godos cerca de Polentia. Es vencido.—Vuelven los godos por el camino andado y se dirigen contra Roma. Toma y saqueo de esta ciudad.—Recorren la Lucania y la Campania é invaden el Brucio. Nombre y situación de esta provincia.—Muere Alarico cuando iba á pasar á África. Sus funerales.

Así, pues, cuando el ejército de los visigodos hubo llegado delante de la ciudad, envió una legación al emperador Honorio, que se encontraba encerrado en ella, para decirle que permitiese á los godos permanecer tranquilamente en Italia, y que en este caso vivirían con los romanos de tal suerte, que las dos naciones no formarían más que una; ó que se preparase al combate, y que el más fuerte arrojaría al otro y dominaría en paz después de la victoria. Estas dos proposiciones asustaron á Honorio, que, consultando á su Senado, deliberaba acerca de los medios de hacer salir á los godos de Italia. Decidióse al fin á hacerles donación, confirmada por un rescripto imperial, de la Galia y España, provincias lejanas que tenía por entonces casi perdidas, y que asolaba Giserico, rey de los vándalos, y autorizó á Alarico y á su nación para que se apoderasen de ellas

danza vadearon el Danubio, devastaron por segunda vez la Mesia y atacaron á Marcianópolis, célebre metrópoli de aquella provincia. Pero después de sitiarla por largo tiempo, se retiraron por una cantidad de dinero que les dieron los habitantes. Permítasenos, ya que hemos mencionado á Marcianópolis, decir algo acerca de la fundación de esta ciudad. He aquí con qué ocasión la mandó construir el emperador Trajano. Refiérese que una hija de su hermana Marcia se bañaba en aquel río, cuyas límpidas aguas, de exquisito sabor, nacen en medio de la ciudad, y que se llama Potamos. Queriendo sacar agua dejó caer, por desgracia, un vaso de oro de que se servía, que se hundió por el peso del metal, pero que reapareció algo más lejos. Seguramente cosa sobrenatural era que se sumergiese el vaso vacío y que flotase rechazado por las ondas después de haber estado sumergido; así fué que Trajano, al enterarse de estas circunstancias, quedó profundamente asombrado, y augurando que residía alguna divinidad en aquel manantial, construyó allí una ciudad á la que llamó Marcianópolis, del nombre de su hermana.

CAPÍTULO XVII

Los gépidos celosos de los godos. Su parentesco.—Origen del nombre de gépido.—La isla Gépidos.—Los vividarienos.—Fastida, rey de los gépidos, somete á su poder á lo sburgundios y otros pueblos.—Declara la guerra á los godos y es derrotado por Ostrogotha.

Como ya hemos dicho, los getas se retiraron de delante de aquella ciudad después de largo asedio, y regresaron á su país, enriquecidos con el dinero que habían recibido. Viéndoles los gépidos poseedores repentinamente de considerable botín y vencedores por to-

si podían, como si siempre les hubiesen pertenecido. Consintieron los godos en el arreglo, y se pusieron en marcha hacia las comarcas que acababan de cederles. Pero cuando se retiraban de Italia, donde no habían cometido ningún desmán, el patricio Stilicón, suegro del emperador Honorio (porque este príncipe casó sucesivamente con sus dos hijas María y Ermancia, que Dios sacó de este mundo castas y vírgenes), Stilicón, repito, avanzó pérfidamente hasta Polencia, ciudad situada en los Alpes Cotianos, y cuando los godos no desconfiaban de nada, cayó sobre ellos, encendiendo así una guerra que había de dar lugar á la ruina de Italia y á su propia vergüenza. El imprevisto ataque puso al pronto espanto entre los godos; pero reponiéndose en seguida y excitándose mutuamente, según su costumbre, pusieron en fuga á casi todo el ejército de Stilicón, lo persiguieron y destrozaron: en el furor que los domina, abandonan el camino, y, volviendo sobre sus pasos, entran en la Liguria, que acababan de atravesar. Después de recoger allí rico botín, devastan de igual manera la provincia de la Emilia; y recorriendo la vía Flaminia, entre el Piceno y la Toscana, talan cuanto encuentran al paso á uno y otro lado hasta Roma. Entrando al fin en esta ciudad, Alarico consiente el saqueo, pero prohibe que prendan fuego, según es costumbre de los paganos, ni que hiciesen daño alguno á los que se habían refugiado en las iglesias de los santos. Al dejar los godos á Roma, pasaron al Brucio, cruzando la Campania y la Lucania, donde realizaron iguales estragos. Después de permanecer allí mucho tiempo, decidieron pasar á Sicilia, y de allí al África. El país de los brucianos, situado al extremo de Italia por el lado de Mediodía, describe un ángulo, donde comienza el monte Apenino, que forma como una lengua que se adelanta para separar al mar Tirreno del Adriático, tomando su nombre

de Brucia, á la que tuvo por reina antiguamente. Habiendo llegado, pues, á esta comarca el rey de los visigodos con todas las riquezas de Italia de que se había apoderado, disponíase, como ya se ha dicho, á cruzar la Sicilia para marchar á establecerse pacíficamente en África; pero sean los que quieran los proyectos que forme el hombre, no se realizan sin la voluntad de Dios: en aquel borrascoso estrecho quedaron sumergidas muchas naves y otras, en considerable número, fueron dispersadas; y mientras que, rechazado por estos reveses, meditaba Alarico lo que había de hacer, sorprendióle repentinamente la muerte, arrebatándole de este mundo. Llorando los godos á su querido jefe, separaron de su lecho al río Barentino, cerca de Consencia, porque este río corre al pie de una montaña y baña esta ciudad con sus benéficas ondas. Hicieron que un grupo de cautivos cavase en medio del río fosa para enterrarle, y en ella depositaron á Alarico con gran número de objetos preciosos. En seguida volvieron las aguas á su cauce primitivo; y para que jamás conociese nadie el paraje de la sepultura, exterminaron á todos los enterradores.

CAPÍTULO XXXI

Ataúlfo sucede á Alarico. Vuelve á Roma. Segundo saqueo de esta ciudad. Se casa con Placidia. Su entrada en la Galia. Pasa á España. Sus guerras contra los vándalos. Muere asesinado. Le sucede Regerico. Su muerte.

Muerto Alarico, eligieron por rey los visigodos á su pariente Ataúlfo, tan notable por la superioridad de su talento como por su belleza; porque si bien no era muy elevada su estatura, su rostro era hermoso y su cuerpo perfectamente proporcionado. En cuanto tomó el man-

do, regresó á Roma y acabó de roer, como las langostas, lo que había quedado del primer saqueo. Despojó de sus riquezas en Italia, no solamente al Estado, sino que también á los particulares, sin que pudiera oponerse el emperador Honorio, y hasta llevó en cautiverio á Placidia, hermana de éste é hija del emperador Teodosio, pero de otra esposa. Atraído por la nobleza de su raza, por su belleza y castidad inmaculada, la tomó por legítima esposa en la ciudad de Forli, en la provincia de la Emilia, con objeto de que, al enterarse de esta unión que en cierto modo enlazaba el Imperio con la nación de los godos, experimentasen los pueblos saludable temor; y aunque estaban agotados los recursos de Honorio, en consideración á su parentesco con él, lo abandonó generosamente y marchó á la Galia. En cuanto entró en ella, las naciones vecinas, francos y burgondos, que antes infestaban cruelmente el país, comenzaron á encerrarse en sus límites. Por su parte, los vándalos y alanos, que se habían establecido con autorización de los emperadores en las dos Pannonias, como ya dijimos, temiendo, si regresaban á estas provincias, no quedar seguros, á causa de la vecindad de los godos, pasaron á la Galia. Pero después de haberla ocupado poco tiempo, se refugiaron en España, donde se encerraron. Recordaban todavía, por los relatos de sus padres, todo el daño que Geberico, rey de los godos, había hecho á su nación, y cómo su valor les había expulsado de la tierra de sus abuelos. Tales fueron las circunstancias que abrieron las Galias á Ataúlfo desde su llegada. Cuando hubo afirmado la dominación de los godos en aquellas comarcas, empezó á compadecerse de las desgracias de los españoles, resolviendo librarles de las incursiones de los vándalos, é introduciéndose, por medio de sus riquezas, en Barcelona y en el interior de España con guerreros escogidos y fieles y multitud poco á propósi-

to para la guerra, combatió allí frecuentemente á los vándalos, pereciendo tres años después de haber sometido la Galia y la España, herido en el costado por una estocada de Vermulfo, del que se burlaba frecuentemente por su estatura. Después de su muerte, fué elegido rey Regerico; pero éste también pereció por las celadas de los suyos, perdiendo más pronto el trono y la vida.

CAPÍTULO XXXII

Valia.—Honorio envía á España á Constantino para libertar á Placidia.—Encuentro de Valia y Constantino.—Ajustan la paz.—Placidia es devuelta.—Valia marcha en unión de los romanos contra el tirano Constantino.—Éste es muerto en Arlés y su hijo en Viena de Francia.—Igual fin tienen Jovino y Sebastián.—Valia conduce su ejército á España contra los vándalos.

Eligieron en seguida por rey á Valia, guerrero tan bravo como prudente, siendo el cuarto después de Alarico. El emperador Honorio envió contra él con un ejército á Constantino, varón hábil en arte militar, famoso por gran número de combates. Temía que Valia rompiese el tratado, concluído desde antiguo con Ataúlfo, y que después de vencer á las naciones que le rodeaban, dirigiese nuevos ataques al Imperio. Al mismo tiempo quería librar á su hermana Placidia de vergonzosa sujeción. Por esta razón convino con Constantino en dársela por esposa si conseguía devolverla á sus estados por medio de la paz ó de la guerra ó de cualquiera otra manera. Regocijado con tal promesa, tomó tropas Constantino, y con aparato que ya parecía casi regio, se dirigió á España. Salió Valia á su encuentro en los desfiladeros de los Pirineos con fuerzas iguales á las suyas, y allí se enviaron recíprocamente legados, conviniéndose en que Valia devolvería á Placidia á su her-

mano el Emperador, y que marcharía él mismo en socorro del Imperio cuando lo exigiese la necesidad. Ahora bien; por este tiempo un tal Constantino se había proclamado emperador en la Galia, y había hecho césar á su hijo Constante, de monje que era; pero no gozó mucho tiempo del poder que había usurpado. Los godos y los romanos marcharon de concierto contra él, siendo muerto en Arlés, y su hijo en Viena. Después de éstos, quisieron usurpar también el Imperio Jovino y Sebastián; pero como ostentaron igual temeridad, tuvieron igual suerte. En el duodécimo año de su reinado, y en la misma época en que los romanos y los godos expulsaron á los hunnos de la Pannonia, de que se habían apoderado hacía cerca de cincuenta años, viendo Valia que los vándalos habían tenido la audacia de salir del interior de la Galia, donde en otro tiempo los había encerrado Ataúlfo, y que lo devastaban todo en las fronteras, es decir, en España, llevó en seguida su ejército contra ellos, siendo cónsules Hierio y Ardaburio.

CAPÍTULO XXXIII

Los vándalos á las órdenes de su rey Gicerico y á ruegos de Bonifacio, pasan á África.—Retrato de Gicerico.—Sus últimas disposiciones.—Sus sucesores Hunnerico, Gundamundo, Transamundo, Hilderico.—Éste es destronado por Gelimero, que le hace morir.—Belisario lleva cautivo á Gelimero á Constantinopla.—Su muerte.—Queda África libre de los vándalos.—Vuelta de Valia á Tolosa.—Su muerte.—Berimundo y su hijo Viterico abandonan á los ostrogodos y se unen á los visigodos.—Teodorico sucede á Valia.—Conducta prudente de Berimundo.

Por este tiempo, Bonifacio, que había caído en desgracia del emperador Valentiniano, llamó al África á

Gicerico, rey de los vándalos, no encontrando medio de vengarse del Emperador sino con detrimento del Imperio. A ruegos suyos, pues, pasaron al África los vándalos, haciéndoles entrar por el angosto paso llamado estrecho de Cadiz, que separa el África de España en extensión de cerca de siete millas y lleva las aguas del Océano al mar Tirreno. Gicerico era ya muy conocido en Roma por el daño que había hecho á los romanos. Su estatura era mediana, y había quedado cojo de resultas de una caída del caballo. Profundo en sus designios, taciturno, despreciando el lujo, colérico hasta perder la razón, ávido de riquezas, muy diestro y previsor para solicitar á los pueblos, infatigable para sembrar gérmenes de discordia y para confundir odios, así invadía el África, acudiendo, como ya hemos dicho, á los ruegos de Bonifacio. Dícese que después de haber reinado allí largo tiempo con la autoridad de un dios, reunió en torno suyo, antes de morir, á sus numerosos hijos, y tomó sus disposiciones para que la ambición de reinar no suscitase disensiones entre ellos. El superviviente, habiendo muerto los otros, debía por orden y grado suceder inmediatamente al mayor y de la misma manera á éste el que venía detrás. Durante mucho tiempo observaron esta regla y reinaron tranquilamente. No se mancharon con guerras intestinas, como ocurre en otras naciones, sino que subiendo al trono sucesivamente, cada cual á su turno, gobernaron en paz á los pueblos. He aquí el orden en que se sucedieron: en primer lugar Gicerico, que fué su señor y padre; después Hunnerico; el tercero fué Gundamundo; el cuarto Transamundo; el quinto Hilderico. Para desgracia de su nación, Gelimero, olvidando los preceptos de su abuelo, derribó al último del trono, le hizo morir, y usurpó el poder. Pero no quedó sin castigo su acción, porque cayó sobre él la venganza del emperador Justiniano. El glo-

riosísimo Belisario, jefe de la milicia de Oriente, cónsul ordinario y patricio, le llevó á Constantinopla con sus hijos y riquezas, de las que, como un pirata, no se separaba jamás. Allí sirvió de gran espectáculo al pueblo en el circo, y aunque afectado por tardío arrepentimiento al verse derribado de la cumbre de la realeza, no quiso plegarse á la vida obscura á que estaba reducido, y murió. De esta manera el África, que en la división de la tierra forma la tercera parte del mundo, quedó libre del yugo de los vándalos después de un período de cerca de cien años, reducida al Imperio romano y recobrando su antigua libertad: y esta comarca, que bajo cobardes señores y generales infieles se había destacado en otro tiempo del cuerpo del Imperio por un ejército pagano, quedó nuevamente reunida á él entonces bajo un príncipe hábil y un general fiel, durando aún el regocijo de su liberación. Verdad es que más adelante tuvo que sufrir por una guerra intestina y por la perfidia de los moros. Sin embargo, lo que comenzó la victoria que Dios concedió al emperador Justiniano ha concluído con buena salida. ¿Mas á qué referir cosas extrañas á esta historia? Volvamos al asunto. Valia, rey de los godos, estaba tan encarnizado contra los vándalos, que hubiese querido perseguirles hasta en África; pero se lo impidieron los mismos desastres que experimentó en otro tiempo Alarico cuando intentó pasar á esta comarca. Victorioso esta vez sin derramar sangre, salió de España, donde se había cubierto de gloria, y regresó á Tolosa. Allí cayó enfermo mucho tiempo después, y murió abandonando al Imperio romano, según su promesa, algunas provincias de las que había expulsado á los enemigos. Por este tiempo fué cuando Berimundo, hijo de Torismundo, el mismo de que antes hablamos al trazar la genealogía de la familia de los amalas, pasó al reino de los visigodos con su

hijo Viterico, abandonando á los ostrogodos, oprimidos entonces en la Scitia bajo el yugo de los hunnos. Tenía éste conciencia de su valor y de la nobleza de su raza, y confiaba en que sus parientes colocarían en el trono, con preferencia á cualquier otro, al reconocido descendiente de gran número de reyes. ¿Cómo dudar, en efecto, en elegir á un amala, si quedaba vacante el trono? Sin embargo, no quiso dar á conocer quién era; y los visigodos, inmediatamente después de la muerte de Valia, le dieron á Teodorico por sucesor. Berimundo vino después, y con la reserva que le era propia, guardó prudentemente silencio acerca de su elevada alcurnia, convencido de que los que reinan miran siempre con desconfianza á los descendientes de reyes. Resignóse, pues, á vivir ignorado para no perturbar el orden establecido. El rey Teodorico le recibió, así como á su hijo, con grandes honores, admitiéndole á su consejo y haciéndole comer á su mesa; y no era esto á causa de su nobleza, que ignoraba, sino en consideración á su valor y á la energía de carácter que le era común con su nación, y que no podía ocultar.

CAPÍTULO XXXIV

Los romanos y los hunnos marchan contra Teodorico.—Aecio.—Los godos y los romanos pactan la paz.—Atila.—Descripción de su palacio.

Muerto Valia, repetiremos lo que anteriormente dijimos, fué sucesor suyo Teodorico, varón dotado de mucha energía y de extraordinaria fuerza corporal, y cuyo reinado fué tan feliz para la Galia como poco lo había sido el de Valia. Bajo el consulado de Teodosio y de Festo, teniendo los romanos por auxiliares á los

hunnos, que entonces se les habían unido, rompieron la paz y marcharon contra él en la Galia, queriendo vengar los desórdenes cometidos por una tropa de godos federados que había tomado parte en Constantinopla por el conde Caina. Era entonces maestre de la milicia el patricio Aecio, nacido de Gaudencio, en la ciudad de Derostena, perteneciendo á la belicosa raza de los mesianos. Endurecido en todas las fatigas de la guerra, aquel hombre parecía criado exprofeso para sostener el Imperio romano, al cual había sujetado en otro tiempo los orgullosos suevos y los bárbaros francos, después de hacerles sufrir sangrientas derrotas. Mandaba á los hunnos auxiliares del ejército romano que avanzaba contra los godos, Litorio. Cuando estuvieron frente á frente los dos ejércitos, permanecieron bastante tiempo formados en batalla; pero al fin, viendo que el valor era igual en ambas partes, y que ninguna de las dos sobresalía, se tendieron las manos, y se restableció la concordia; renovóse el antiguo tratado, prometiéronse mutuamente guardar con fidelidad la paz, y se retiraron por una y otra parte. Este acuerdo calmó la irritación de Atila, jefe supremo de todos los hunnos y el primero, desde que existe el mundo, cuya dominación haya abarcado casi toda la Scitia. Por esta razón su resplandeciente gloria asombraba á todos los pueblos. He aquí, entre otras cosas que le conciernen, lo que refiere Prisco, enviado en legación cerca de él por Teodosio el Joven. Después de cruzar grandes ríos, el Tisias y el Drica, llegamos al paraje donde en otro tiempo, Vidicula, el más grande de los godos, pereció por las emboscadas de los sármatas; y cerca de allí encontramos una aldea donde residía el rey Atila. Digo una aldea, pero semejante á una ciudad muy grande. Vimos allí un palacio de madera inmenso, construído con tablas pulidas y brillantes, cuyas unio-

nes estaban tan bien disimuladas, que apenas podían descubrirse con mucha atención. Existían allí espaciosas salas para festines, pórticos de elegante arquitectura; y el patio del palacio, rodeado de alta empalizada, era tan grande, que su extensión sola bastaba para dar á conocer una mansión regia. Tal era el palacio de aquel Atila que mantenía bajo su dominación toda la barbarie, siendo dicha morada la que prefería á las ciudades conquistadas.

CAPÍTULO XXXV

Atila, hijo de Mondzuco.—Sus tíos Octar y Roas reinan antes que él en una parte del pueblo hunno.—Hace matar Atila á su hermano Bleta y reune bajo su autoridad todo este pueblo.—Retrato de Atila.—Descubrimiento de la espada de Marte.

El padre de Atila fué Mundzuco, y se cree que los hermanos de éste, Octar y Roas, reinaron antes sobre los hunnos, pero no sobre toda la nación. A su muerte compartió Atila el trono con su hermano Bleta, y para procurarse fuerzas que pudiesen secundar sus proyectos, fué fratricida y comenzó con la muerte de los suyos su lucha con el mundo entero. Crecieron sus culpables recursos á despecho de la justicia, y su barbarie consiguió un éxito que causa horror. Después de hacer perecer á su hermano Bleta, que reinaba sobre gran parte de los hunnos, redujo este pueblo entero á su poder; y habiendo recorrido gran número de otras naciones que le obedecían, aspiraba á la conquista de los dos primeros pueblos del universo, el romano y el visigodo. Dicen que su ejército se elevaba á quinientos mil hombres. Aquel hombre había venido al mundo para conmover su nación y hacer temblar la tierra. Por

no sé qué fatalidad, formidables ruidos le precedían, sembrando por todas partes el espanto. Era soberbio en su marcha, paseando las miradas en derredor y revelando el orgullo de su poder hasta en los movimientos del cuerpo. Gustábanle de las batallas, pero reprimíase en la acción; era excelente en el consejo, dejándose conmover por las súplicas y siendo bueno cuando una vez había concedido su protección. Bajo de estatura, tenía ancho el pecho y gruesa la cabeza. Aunque naturalmente era muy grande su confianza propia, aumentó con el descubrimiento de la espada de Marte, aquella espada que habían venerado siempre los reyes de los scitas. He aquí, según refiere Prisco, cómo se hizo el descubrimiento: «Un pastor, viendo cogear una becerra de su rebaño, y no pudiendo imaginar quién la había herido, siguió atentamente el rastro de sangre, llegando á la espada sobre la que había puesto el casco la becerra sin verla al pastar, y sacándola de la tierra, la llevó á Atila. Orgulloso éste con el regalo, pensó en su magnanimidad que estaba llamado á ser el rey del mundo, y que la espada de Marte le daba la victoria en las guerras.»

CAPÍTULO XXXVI

Crueldad de Gicerico con la hija de Teodorico.—Teme la venganza de este rey y excita á Atila contra los visigodos.—Envia Atila una embajada á Valentiniano. Su artificiosa política.—Embajada de Valentiniano á Teodorico.—Discurso de los legados.—Respuesta de Teodorico.—Marcha, en unión de los romanos, contra Atila.—Naciones que auxilian á los romanos.—Ambos ejércitos se encuentran en los campos Catalaunicos.

Gicerico, el rey de los vándalos de que anteriormente hablamos, descubriendo en Atila la inclinación que le

impulsaba á destruir el mundo, le arrastró por medio de grandes regalos á hacer la guerra á los visigodos, temiendo la venganza de su rey Teodorico por el tratamiento indigno que había hecho soportar á su hija. Casada ésta con Humerico, hijo de Gicerico, encontró al pronto la felicidad en aquella elevada unión; pero más adelante Gicerico, cuyo carácter cruel ni siquiera perdonaba á sus hijos, por la simple sospecha de que había querido envenenarle, la devolvió á su padre á las Galias, después de despojarla de su belleza natural haciéndola cortar la nariz y las orejas, condenando de esta manera á aquella desgraciada á llevar eternamente el sello de su repugnante suplicio. Pero este exceso de barbarie, capaz de sublevar hasta á los extraños, no podía menos de hacer inevitable la venganza del padre. Ganado Atila por Gicerico, se decidió á hacer estallar la guerra que meditaba hacía mucho tiempo, enviando legados al emperador Valentiniano en Italia para sembrar la discordia entre los godos y los romanos, con objeto de extenuar, por medio de disensiones intestinas, á los que no podía vencer por las armas. Aseguraba que no quería en manera alguna romper la amistad que le unía al Imperio; que la guerra era entre él y Teodorico, rey de los visigodos, deseando de todo corazón que Valentiniano permaneciese extraño á ella. El final de su carta estaba lleno, como de costumbre, de adulaciones, procurando dar apariencias de verdad á sus mentiras. Otra carta semejante escribió á Teodorico, rey de los visigodos, excitándole á abandonar la alianza de los romanos y á recordar la guerra que éstos le habían hecho con encarnizamiento poco tiempo antes. Aquel hombre astuto combatía con el artificio antes de combatir con las armas. Entonces el emperador Valentiniano envió á los visigodos y á su rey Teodorico legados que le hablaron de esta manera: «De tu prudencia

es ¡oh el más valiente de los hombres! unirte con nosotros contra el tirano de Roma, que aspira á reducir á la servidumbre al mundo entero, sin averiguar las razones que puedan existir para hacer la guerra, y considerando legítimo todo lo que hace. Su brazo traza un círculo en derredor suyo, y la licencia encuentra siempre gracia ante su orgullo. Desprecia la justicia y se presenta como enemigo del género humano. ¡Odio, pues, contra aquel que se gloría de odiar indistintamente á todos los hombres! Recuerda, por favor, y ciertamente es imposible olvidarlo, recuerda que han venido á atacarnos los hunnos. Pero no es esto lo que hace peligroso á Atila, sino los lazos que tiende para llegar á conseguir sus propósitos. Sin hablar de nosotros, ¿cómo podéis dejar impune tanto orgullo? Venid, poderosos en la armas, á ayudarnos en nuestra aflicción; reunid vuestros brazos con los nuestros, socorred al Imperio, este Imperio del que vosotros poseéis una parte. Cuán necesaria sea esta unión por nuestro deseo é interés, los consejos de nuestro enemigo os lo dicen con claridad.» Con estas palabras y otras parecidas los legados de Valentiniano se atrajeron á Teodorico, quien contestó: «Satisfechos están vuestros deseos ¡oh romanos! También nos habéis hecho á nosotros enemigos de Atila. Le perseguiremos por todas partes donde nos llame su presencia, y aunque sus victorias sobre muchas naciones le han henchido de orgullo, los godos saben, sín embargo, combatir á los soberbios. Creedme: no hay guerra temible más que aquella que carece de motivo legítimo, y ningún revés ha de tener el que puede contar con la protección del cielo.» Al oir esta respuesta del jefe, sus compañeros lanzan aclamaciones, imitándoles la multitud entusiasmada. Apodérase de todos el ansia de combatir, y arden ya en deseo de llegar á las manos con los hunnos. Pónese, pues, el rey

Teodorico á la cabeza de innumerable multitud de visigodos; y, dejando en su palacio cuatro hijos suyos, esto es, Federico, Turico, Botmer é Himerit, solamente lleva con él para compartir las fatigas los dos mayores, Torismondo y Teodorico. ¡Dichosa armadura, la de tener en derredor por auxiliares y apoyos á los que se ama, y para quienes es felicidad exponerse á los mismos peligros que nosotros! Tal fué por parte de los romanos la previsora actividad del patricio Aecio, en el que descansaba entonces el Imperio de Occidente, que, habiendo reunido guerreros de todas partes, marchó contra aquella formidable multitud de enemigos, con fuerzas que no les eran inferiores. En efecto; á los romanos se unieron como auxiliares, francos, sármatas, armoricanos, licienos, burgundos, sajones, ripuarios é ibriones, soldados del Imperio en otro tiempo, pero llamados ahora solamente como auxiliares, y algunos otros pueblos célticos ó germánicos. Reuniéronse en los campos Catalaunicos, llamados también Mauricianos, campos que tienen cien leguas de longitud, según las llaman los godos, y setenta de anchura. La legua gala tiene mil quinientos pasos. Aquel rincón del mundo viene á ser la arena de innumerables pueblos. Los dos ejércitos están frente á frente, animados uno y otro por ardiente valor. Nada se hace por astucia, apelándose abiertamente á la fuerza. ¿Qué causa puede producir la agitación de tantos pueblos? ¿Qué odio ha podido impulsarles á empuñar las armas á unos y otros? Probado está que el género humano vivía por los reyes, el día en que el ciego arrebato de un hombre solo hizo correr la sangre de las naciones, y en el que el arbitrio de un monarca soberbio destruyó en un momento lo que la Naturaleza había empleado tantos siglos en producir.

CAPÍTULO XXXVII

Sangiban, rey de los alanos, promete á Atila entregarle á Orleans. Teodorico y Aecio se le anticipan, ocupando esta ciudad.—Vacilaciones de Atila. Consulta á los adivinos, y decide combatir.

Pero antes de relatar la batalla, parécenos necesario referir los movimientos que se realizaron en los dos ejércitos; porque aquel hecho fué tan fecundo en accidentes y en peripecias diversas, que se ha hecho memorable después. Sangiban, rey de los alanos, contemplando con terror el porvenir, promete ponerse de parte de Atila y entregarle la ciudad gala Aureliana (Orleans), donde moraba entonces. En cuanto Teodorico y Aecio tuvieron conocimiento de estos propósitos, se hicieron dueños de la ciudad por medio de grandes obras de tierra, la destruyeron antes de la llegada de Atila, y vigilando á Sangiban, que se había hecho sospechoso, le colocaron con sus alanos en medio de sus auxiliares. Acontecimiento tan grave causó profunda impresión en el rey de los hunnos: desconfiando de sus tropas, no atreviéndose á trabar combate, y agitándose ya en su mente la idea de huir, extremo más cruel que la misma muerte, se decidió á consultar á sus adivinos para conocer lo venidero. Éstos, después de haber observado en tanto las entrañas de las víctimas, en tanto ciertas venas que aparecen sobre sus huesos descubiertos, presagiaron á los hunnos funestos acontecimientos. Sin embargo, hacía algo menos siniestra su predicción el anuncio de que debía sucumbir, por parte de sus enemigos, uno de sus jefes supremos, que había de perecer antes de la victoria de los suyos, sin gozar de un triunfo que su muerte haría funesto. Atila, que

se creía en el deber de comprar, aun al precio de su propia ruina, la muerte de Aecio, porque éste era quien estorbaba sus movimientos, preocupado con el vaticinio, y acostumbrado, por otra parte, á tomar consejo en achaques de guerra, empeñó el combate con temor, cerca de la novena hora del día, con objeto de que, si se veía obligado á ceder, le favoreciese la proximidad de la noche. Como ya hemos dicho, los dos ejércitos se encontraban entonces frente á frente en los campos Catalaunicos (Chalons).

CAPÍTULO XXXVIII

Ambos ejércitos frente á frente.—Disposiciones tomadas por Aecio y por Atila.—Naciones auxiliares de los hunnos.—Apodéranse los romanos de una posición importante.

En el terreno inclinado del campo de batalla se alzaba una eminencia á manera de montecillo. Deseando apoderarse de ella cada uno de los ejércitos, porque aquella posición importante debía dar gran ventaja al que la obtuviera, los hunnos y sus auxiliares ocuparon el lado derecho, y los romanos, los visigodos y sus auxiliares el izquierdo, no siendo disputado el punto culminante de la posición, que quedó libre. Formaban el ala derecha Teodorico y sus visigodos; Aecio la izquierda con los romanos; en el centro habían colocado á Sangiban, el rey de los alanos, de que antes hablamos; y, por estratagema de guerra, habían cuidado de encerrar en medio de tropas de reconocida fidelidad á aquel en cuyas disposiciones no podían confiar; porque se somete á la necesidad de pelear á aquel á quien se quita la posibilidad de huir. El ejército de los hunnos formó en batalla en orden contrario, colocándose Atila en el cen-

tro con los más valientes de los suyos. Adoptando esta disposición, el rey de los hunnos pensaba especialmente en sí mismo, y su objeto, al colocarse en medio de sus guerreros más escogidos, era ponerse al abrigo de los peligros que le amenazaban; los numerosos pueblos, las diferentes naciones que había sometido á su dominación formaban las alas. Entre todas las fuerzas sobresalía el ejército de los ostrogodos, mandado por Valamiro, Teodomiro y Videmiro, tres hermanos que sobrepujaban en nobleza al mismo rey bajo cuyas órdenes marchaban entonces, porque pertenecían á la ilustre y poderosa raza de los amalas. Veíase también allí, al frente de innumerable masa de gépidos, á Ardarico, su rey, famoso y valiente, que por su gran fidelidad á Atila, era admitido por éste á sus consejos. El rey de los hunnos había sabido apreciar su sagacidad; así es que éste y Valamiro, rey de los ostrogodos, eran los preferidos entre todos los reyes que le obedecían. Valamiro era fiel para guardar el secreto, tenía palabra persuasiva y era incapaz de traición; Ardarico era renombrado por su fidelidad, como ya hemos dicho, y por su claro juicio. Al marchar con Atila contra sus parientes los visigodos, uno y otro justificaban su confianza. La multitud de los demás reyes, si puede hablarse así, y los jefes de las diferentes naciones, cual satélites suyos, observaban todos los movimientos de Atila; y en cuanto les hacía una señal con la mirada, cada uno de ellos en silencio, con temor y temblando, acudía á su presencia ó ejecutaba las órdenes que recibía. Pero el rey de los reyes, Atila, velaba por todos y sobre todo. Peleábase, pues, por apoderarse de la posición ventajosa de que hemos hablado. Atila hizo avanzar sus guerreros para ocupar lo alto de la colina; pero se le adelantaron Torismundo y Aecio, que, uniendo sus esfuerzos para subir á la cumbre, llegaron los primeros

y rechazaron fácilmente á los hunnos á favor de la altura que ocupaban.

CAPÍTULO XXXIX

Arenga de Atila á su ejército.

Viendo entonces Atila que aquella circunstancia había ocasionado perturbación en su ejército, comprendió en el acto la necesidad de tranquilizarlo, y habló de esta manera: «Después de vuestras victorias sobre tantas naciones grandes; después de haber dominado el mundo, si os mantenéis firmes hoy, creo inútil estimularos con palabras como á guerreros bisoños. Tales medios pueden convenir á un jefe novicio ó á un ejército poco aguerrido; pero yo no puedo deciros nada ni vosotros escuchar nada vulgar. Porque, ¿qué otra costumbre tenéis vosotros más que la de combatir? ¿O qué hay más dulce para el valiente que vengarse por su propia mano? Gran regalo nos ha hecho la Naturaleza dándonos la facultad de saciar nuestra alma de venganza. Marchemos, pues, con energía al enemigo; siempre atacan los más valientes. Despreciad esa aglomeración de naciones diferentes: señal de miedo es asociarse para defenderse. ¡Mirad! antes del ataque les domina ya el espanto: buscan las alturas, se apoderan de las colinas, y en sus tardíos pesares, sobre el campo de batalla piden con instancias parapetos. Por experiencia sabemos lo poco que pesan las armas de los romanos: caen, no diré á las primeras heridas, sino á la primera polvareda que se levanta. Mientras se estrechan sin orden y se entrelazan para formar la tortuga, pelead vosotros con la superioridad de valor que os distingue, y, despreciando sus legiones, caed sobre los alanos, precipitaos sobre

los visigodos. Es necesario que venzamos, ante todo, á los que sostienen la guerra. Una vez cortados los nervios, caen los miembros, y el cuerpo no puede sostenerse si le quitan los huesos. Que crezca vuestro valor, que vuestra ira aumente y estalle. ¡Hunnos, ha llegado el momento de preparar las armas, el momento de mostraros decididos, bien que heridos pidáis la muerte de vuestro enemigo, bien que sanos y salvos tengáis sed de matanza! No hay flecha que alcance al que debe vivir, mientras que, hasta en la paz, los destinos precipitan los días del que debe morir. En fin, ¿por qué había de haber asegurado la fortuna la victoria á los hunnos sino porque los destinaba al triunfo de esta batalla? Y además, ¿quién abrió á nuestros mayores el camino de la Palus Meótida, cerrado é ignorado por tantos siglos? ¿Quién hacía huir á pueblos armados ante hombres que no lo estaban? No, esa multitud reunida apresuradamente ni siquiera podrá resistir la vista de los hunnos. El éxito no me desmentirá; este es el campo de batalla que nos prometía tantos triunfos. Seré el primero en lanzar mis dardos al enemigo, y si alguno quedase ocioso cuando combata Atila, será muerto.» Inflamados por estas palabras, todos se lanzaron al combate.

CAPÍTULO XL

Batalla.—Muerte de Teodorico.—Derrotado Atila, refúgiase en su campamento durante la noche.—Confusión en el ejército romano.—Aecio y los auxiliares de los romanos no comprenden que son vencedores hasta el amanecer.—Actitud de Atila en su campamento.—Procuran sus enemigos apoderarse de él por hambre, y le bloquean.—Resolución de Atila en este peligro extremo.

Por tremendo que fuese el estado de las cosas, la presencia del rey, sin embargo, tranquilizaba á los que hu-

bieran podido vacilar. Llegóse, pues á las manos: batalla terrible, complicada, furiosa, obstinada y como jamás se había visto otra en parte alguna. Tales proezas se realizaron allí, según se refiere, que el valiente que se encontró privado de aquel maravilloso espectáculo, nada parecido alcanzó á ver en toda su vida; porque, si ha de creerse á los ancianos, un arroyuelo de aquel campo que corre por lecho poco profundo, aumentó de tal suerte, no por la lluvia, como solía acontecer, sino por la sangre de los moribundos, que, creciendo extraordinariamente por aquellas ondas de nuevo género, se convirtió en torrente impetuoso y sangriento, de manera que los heridos, que ardiente sed llevaba á sus orillas, bebieron agua mezclada con restos humanos y se vieron obligados por triste necesidad á manchar sus labios con la sangre que acababan de derramar los alcanzados por el hierro. Cuando el rey Teodorico recorría su ejército para animarlo, derribóle el caballo, y pisoteándole los suyos, perdió la vida, en edad avanzada ya. Dicen otros que cayó atravesado por una flecha que lanzó Andax del lado de los ostrogodos, que entonces estaba á las órdenes de Atila. Este fué el cumplimiento de la predicción que, poco tiempo antes, hicieron los adivinos al rey de los hunnos, aunque éste imaginaba que se refería á Aecio. Separándose entonces los visi godos de los alanos, caen sobre las bandas de los hunnos, y tal vez el mismo Atila hubiese sucumbido á sus golpes, si prudentemente no hubiera huído sin esperarles, encerrándose en seguida con los suyos en su campamento, que había atrincherado con carros. Detrás de esta débil barrera buscaron refugio contra la muerte aquellos ante los cuales no podían resistir antes los parapetos más fuertes. Torismundo, hijo del rey Teodorico, el primero que se apoderó de la colina con Aecio, arrojando á los hunnos, creyendo volver á reunirse con

los suyos, engañado por la obscuridad de la noche, vino á dar en los carros de los enemigos; y, mientras peleaba con denuedo, alguien le hirió en la cabeza, derribándole del caballo; pero los suyos, que cuidaban de él, le salvaron y se retiró del combate. Aecio, por su parte, habiéndose extraviado también en la confusión de aquella noche, vagaba en medio de los enemigos, temiendo que les hubiese acontecido desgracia á los godos. Al fin encontró el campamento de los aliados, después de haberlo buscado por largo tiempo, y pasó el resto de la noche vigilando detrás de una muralla de escudos. En cuanto amaneció el día siguiente, viendo los campos cubiertos de cadáveres, y que los hunnos no se atrevían á salir de su campamento, convencidos de que era indispensable que Atila hubiese experimentado una pérdida muy grande para haber abandonado el campo de batalla, Aecio y sus aliados no dudaron que les pertenecía la victoria. Sin embargo, hasta después de su derrota, el rey de los hunnos conservaba altiva actitud, y haciendo resonar las trompetas en medio del chasquido de las armas, amenazaba con volver al ataque. Así el león, oprimido por las lanzas de los cazadores, gira en la entrada de su caverna, no se atreve á lanzarse sobre ellos y, sin embargo, no deja de espantar los parajes vecinos con sus rugidos: de la misma manera aquel rey belicoso, sitiado como se encontraba, hacía aún temblar á sus vencedores. Los godos y romanos se reunieron entonces para deliberar qué habían de hacer con Atila vencido; y como sabían que le quedaban pocos víveres, y por otra parte, que sus arqueros, apostados detrás de los parapetos del campamento, defendían incesantemente el acceso á flechazos, convínose en mantenerle bloqueado. Refiérese que en esta situación desesperada, el rey de los hunnos, grande siempre hasta en el último extremo, hizo formar una

hoguera con sillas de caballos, dispuesto á precipitarse en las llamas si el enemigo forzaba el campamento: sea para que ninguno pudiera gloriarse de haberle herido, sea para no caer él, dueño de las naciones, en poder de temibles enemigos.

CAPÍTULO XLI

Hacen los visigodos honras fúnebres al cadáver de Teodorico. Proclaman rey á Torismundo, que arde en deseo de vengar á su padre. Aecio le disuade de combatir á los hunnos. Número de los muertos que quedaron sobre el campo de batalla.—Libre Atila de enemigos, recobra su audacia.—Entrada de Torismundo en Tolosa. Su moderación.

En el descanso que proporcionó el asedio, los visigodos y los hijos de Teodorico buscaron los unos á su rey, y los otros á su padre, extrañando su ausencia en medio del triunfo que acababan de conseguir. Buscáronle durante largo tiempo, según costumbre de los valientes, y al fin le encontraron debajo de un gran montón de cadáveres, y, después de entonar cánticos en alabanza suya, le llevaron ante la vista de los enemigos. De ver eran las bandas de godos, de voces rudas y discordantes, ocuparse en los piadosos cuidados de los funerales, en medio de los furores de una guerra que no había terminado todavía. Corrían las lágrimas, pero de las que derraman los valientes. Para nosotros era la pérdida; pero los hunnos atestiguaban cuán gloriosa era; y parece era grande humillación para su orgullo, ver, no obstante su presencia, llevar con sus insignias el cadáver de aquel gran rey. Antes de terminar las exequias de Teodorico, los godos proclamaron rey, al ruido de las armas, al valiente y glorioso Torismundo; y éste terminó los funerales de su amado padre cual

correspondía á un hijo. Después de acabar estas cosas, movido por el dolor de su pérdida y por la impetuosidad de su valor, Torismundo ardía en deseos de vengar la muerte de su padre sobre los que quedaban de los hunnos. Para ello consultó al patricio Aecio, á causa de su edad y de su consumada prudencia, para que le dijese qué debía hacer en aquella ocasión. Pero temiendo éste que, una vez aplastados los hunnos, cayesen los godos sobre el Imperio romano, le decidió con sus consejos á regresar á sus hogares y á ocupar el trono que su padre acababa de dejar, por temor de que sus hermanos, apoderándose del tesoro real, se hiciesen dueños del reino de los visigodos, y tuviese que mantener contra los suyos importante guerra, y, lo que era peor, desgraciada. Torismundo escuchó el consejo sin sospechar el interés que lo dictaba, sino, por el contrario, viendo en él atención á sus intereses, y, dejando allí á los hunnos, partió para la Galia. He aquí cómo, entregándose á las sospechas, la fragilidad humana se deja arrebatar la ocasión de hacer grandes cosas. Dícese que en aquella famosa batalla que dieron las naciones más valerosas perecieron por ambas partes ciento sesenta y dos mil hombres, sin contar noventa mil gépidos y francos que antes de la acción principal cayeron á los golpes que mutuamente se descargaron en un encuentro nocturno, peleando los francos por los romanos, y los gépidos por los hunnos. Al enterarse de la marcha de los godos, Atila, como ordinariamente ocurre en los acontecimientos imprevistos, sintió aumentar su desconfianza, creyendo que sus enemigos le tendían un lazo, y permaneció mucho tiempo encerrado en su campamento. Pero desengañado al fin por el largo silencio que había seguido á su retirada, recobró valor hasta atribuirse la victoria, entregándose á vana alegría, y recordando el poderoso rey los antiguos vatici-

nios. En cuanto á Torismundo, elevado repentinamente á la dignidad real por la muerte de su padre en los campos Catalaunicos, donde acababa de pelear, testigos de su valor, entró en Tolosa, donde fué recibido con gran regocijo por sus hermanos y los magnates de la nación, demostrando por su parte tanta templanza en los comienzos, que nadie le disputó la sucesión en el trono de su padre.

CAPÍTULO XLII

Marcha Atila á la conquista de Italia.—Sitio de Aquilea, que es saqueada. Igual suerte cabe á Milán, Pavía y otras muchas ciudades.—Casi toda Italia es devastada.—Atila quiere llegar hasta Roma. Sus soldados procuran disuadirle de este propósito. Sale á su encuentro el papa León. Consiente Atila en hacer la paz. Exige que le entreguen á Honoria. Desórdenes de esta princesa. Es acusada de haber atraído secretamente á Atila.

Aprovechando Atila la ocasión que le proporcionaba la retirada de los visgodos, y tranquilizado acerca de lo porvenir al ver disuelta la liga de sus enemigos, según había deseado siempre, marchó en seguida á la conquista de Italia, comenzando el ataque por el asedio de Aquilea, ciudad metropolitana de la Venecia, situada en una punta ó lengua de tierra del golfo Adriático, y cuyas murallas baña al Oriente el río Natissa, que corre del monte Picis. Mucho tiempo hacía que la sitiaba sin éxito, porque la defendían los mejores soldados del ejército romano encerrados en ella. Sus tropas comenzaban á murmurar y querían retirarse, y girando Atila en derredor de las murallas, deliberaba acerca de si levantaría el sitio ó lo continuaría, cuando vió cigüeñas, esas aves blancas que anidan en los techos de las casas,

sacando sus polluelos de la ciudad, y, contra su costumbre, yendo á depositarlos en el campo. Dotado, como estaba, de espíritu observador y penetrante, impresionóle aquéllo, y, dirigiéndose á los suyos, dijo: «Mirad esas aves que presienten lo que va á suceder: abandonan una ciudad destinada á la destrucción y, ante los peligros que las amenazan, desiertan de murallas próximas á caer. Que nadie se engañe; no hay nada insignificante, nada dudoso: cuando seres dotados de previsión, de tal manera cambian de costumbres, es siempre para huir de un peligro inminente.» En una palabra, los hunnos estrecharon el sitio de Aquilea con nuevo ardor; construyeron toda clase de máquinas de guerra, las pusieron en juego, y se apoderaron á poco de la ciudad, cuyos despojos se repartieron, destruyendola tan cruelmente después de saquearla, que apenas dejaron subsistir algunos vestigios. Alentados por el éxito y sedientos siempre de sangre romana, pasearon en seguida su furor por las demás ciudades de la Venecia, penetraron en la Liguria, devastaron Milán, metrópoli de esta provincia y ciudad real en otro tiempo; saquearon igualmente Pavía, así como los parajes inmediatos, é hicieron al fin de casi toda Italia un montón de ruinas. Proponíase Atila avanzar hasta Roma; pero, como refiere el historiador Prisco, los suyos le hicieron desistir, no por interés de la ciudad, que hubieran querido destruir, sino por temor de que aconteciese desgracia al rey, á quien recordaron el ejemplo de Alarico, antiguo rey de los visigodos, que no sobrevivió mucho tiempo después de haberse apoderado de Roma, sino que murió casi en seguida. Mientras permanecía indeciso Atila acerca de si iría ó no y perdía tiempo en deliberar, llegó á él una legación enviada de la ciudad, siendo bien recibida. Iba á su frente el papa León, y personalmente salió á su encuentro en el paraje llama-

do Acrovento Mamboleio, por donde diariamente pasan el Mincio numerosos viajeros. Atila consintió en ajustar la paz; y conteniendo los estragos que causaba su ejército, regresó al otro lado del Danubio, á las provincias de donde había salido; pero declarando públicamente y con amenazas que volvería más terrible á Italia si no le entregaban á Honoria, hermana del emperador Valentiniano é hija de la emperatriz Placidia, con la parte que le correspondía del tesoro imperial. Dícese que mientras guardaban estrechamente por orden de su hermano á esta princesa Honoria, por temor de que faltase á sus deberes y deshonrase á la corte, pudo enviar clandestinamente un eunuco á Atila, invitándole á que acudiese para aprovechar su protección contra la autoridad de su hermano: acción infame seguramente, porque compraba con la ruina de su país la libertad de entregarse á sus pasiones.

CAPÍTULO XLIII

Segunda expedición de Atila á la Galia. Marcha contra los alanos establecidos en las márgenes del Loira. Torismundo le obliga á retroceder.—Vuelta de Torismundo á Tolosa. Su muerte.

Había regresado, pues, Atila á sus hogares; pero sintiendo como remordimientos por su inacción, é indignándose de vivir sin combatir, envió legados á Marciano, emperador de Oriente, para decirle que, puesto que no le pagaba el tributo que le prometió en otro tiempo el emperador Teodosio, iba á talar sus provincias y á presentarse más terrible que nunca en medio de sus enemigos. Sin embargo, con su habilidad y astucia ordinarias, después de haber amenazado un punto, llevó sus armas á otro, y, escuchando solamente

las voces de su rencor, volvió la cara hacia los visigodos. Pero no obtuvo con éstos igual éxito que con los romanos. Acudió de nuevo por camino diferente que la primera vez, deseando reducir á su obediencia á los alanos, establecidos al otro lado del río Ligeris (Loira), con objeto de que su derrota, cambiando el aspecto de la guerra, aumentase el terror que inspiraba. Habiendo salido, pues, de la Dacia y de la Pannonia, provincia que ocupaban á la sazón los hunnos con diferentes naciones que les estaban sometidas, Atila marchó contra los alanos. Pero Torismundo, rey de los visigodos, comprendió la estratagema del rey de los hunnos con tanta sutileza como aquél había empleado en imaginarla: acudió diestramente al territorio de los alanos antes que él, y cuando llegó Atila, encontróse dispuesto y salió á su encuentro. Habiendo trabado el combate, Torismundo le quitó en seguida la esperanza de vencer, casi de la misma manera que hizo en los campos catalaunicos; y habiéndole vencido y puesto en derrota, le obligó á abandonar la Galia y á huir á su país. Así, aquél famoso Atila que tantas veces había sujetado á la victoria, en vez de hacer olvidar, como pretendía, el fracaso que ya le habían hecho experimentar los visigodos y de lavarse de la vergüenza de su primera derrota, sufrió la segunda y se retiró ignominiosamente. En cuanto á Torismundo, después de libertar á los alanos de las bandas de los hunnos, se puso en marcha para Tolosa, sin que los suyos experimentasen pérdidas. Vivía en el seno de la paz que había restablecido, cuando al tercer año de su reinado, estando enfermo y habiéndose hecho sangrar, le asesinó su cliente Ascalarno, que le denunciaba enemigos después de haberle sustraído las armas. Sin embargo, con la mano que le quedaba libre asió un escabel y vengó su sangre matando á golpes á algunos conspiradores.

CAPÍTULO XLIV

Teodorico sucede á Torismundo.—Riciario, rey de los suevos, quiere apoderarse de toda España.—Provincias de esta comarca ocupadas ya por los suevos.—Embajada de Teodorico á Riciario.—Respuesta de éste.—Teodorico marcha contra los suevos.—Batalla del Urbio.—Riciario, vencido, cae prisionero y es condenado á muerte.—Teodorico perdona á los suevos y dales por jefe á su cliente Athiulfo.—Sublevación de Athiulfo.—Su derrota y muerte.—Teodorico permite á los suevos elegir por rey á Remismundo.—Muerte de Teodorico.

Después de su muerte le sucedió en el trono de los visigodos su hermano Teodorico, que no tardó en descubrir un enemigo en Riciario, pariente suyo, y rey de los suevos. Este Riciario, prevaliéndose de su parentesco con Teodorico, creyó poder apoderarse de casi toda España y consideró el momento más favorable para una tentativa el principio de su reinado, inseguro todavía. Ocupaban entonces los suevos Galicia y Lusitania, que se extienden á lo largo de la costa del Océano, por el lado derecho de España, y tenían por límites, al Oriente la Astrogonia, al Occidente el promontorio donde se alza la tumba de Scipión, general romano; al Septentrión el Océano, y al Mediodía Lusitania y el Tajo, cuya arena, mezclada con rico metal, acarrea oro con barro despreciable. De estas provincias salió Riciario, rey de los suevos, con intento de apoderarse de toda España. Su pariente Teodorico, con su acostumbrada moderación, le envió legados encargados de decirle con dulzura, no solamente que se retirase de un territorio que no le pertenecía, sino también que no lo pretendiese en lo sucesivo y que su ambición solamente podía atraerle rencores. Pero el rey, henchido de orgullo, le contestó

de esta manera: «Si murmuras y pretendes impedirme avanzar, iré á Tolosa, donde moras; allí me detendrás si puedes.» Desagradó á Teodorico este lenguaje; púsose en paz con las otras naciones y marchó contra los suevos, ayudado por Grusdiaco é Hilperico, rey de los burgundios, ambos adictos á su persona. Encontráronse á orillas del río Urbio, que corre entre Asturias y la Iberia, y trabada la batalla, Teodorico y los visigodos, que peleaban por causa justa, quedaron vencedores y destrozaron á casi todas las tribus de los suevos. Su rey Riciario, abandonando la victoria á su enemigo y huyendo delante de él, se salvó en una barca; pero rechazado por una tempestad en el momento de entrar en el mar Tirreno, cayó en manos de los visigodos, que muy pronto le dieron muerte, sin que de nada le sirviese haber cambiado de elemento. Después de la victoria, perdonó Teodorico á los vencidos é hizo cesar la matanza, dando en seguida por jefe á su cliente Athiulfo á los suevos sometidos. Pero muy pronto cambió éste de sentimientos, y haciendo traición á su señor por instancias de los suevos, no teniendo para nada en cuenta sus órdenes, obraba con toda la arrogancia de un usurpador, y lisonjeándose de poder conservar por su valor un país que poco tiempo antes había ayudado enérgicamente á su señor á conquistar. En último caso, este hombre pertenecía á la raza de los varnos, de sangre muy inferior en nobleza á la de los godos; así es que no tenía franqueza ni fidelidad para su protector. Teodorico, al enterarse de su traición, envió en el acto tropas contra él para despojarle del imperio que se arrogaba. Estas tropas le atacaron á su llegada, le vencieron en la primera batalla é hicieron pronta justicia á sus crímenes; porque habiéndole abandonado los suyos, fué cogido y castigado con la muerte: experimentando ahora el enojo de aquel amo cuya bondad se había negado á recono-

cer. Viendo entonces los suevos muerto á su jefe, enviaron á Teodorico para ablandarle sacerdotes del país. Recibióles éste con respeto á su ministerio, dejándose conmover por piedad; y no solamente les concedió el perdón de los suevos, sino que consintió en que eligieran rey de su raza; como lo hicieron eligiendo á Remismundo para que reinase sobre ellos. Acababa de ocurrir esto, y estaba restablecida en todas partes la paz, cuando murió Teodorico á los trece años de reinar.

CAPÍTULO XLV

Eurico sucede á Teodorico.—Máximo hace morir á Valentiniano y usurpa el imperio.—Pasa á Italia Gicerico, rey de los vándalos, y devasta á Roma.—Urso mata á Máximo.—Mayoriano marcha contra los alanos y es muerto en Dertona. Severo.—Su muerte.—Anthemio.—Envía á Ricimero contra los alanos.—Derrota de los alanos.—Muerte de su rey Beurgo.—Anthemio pide auxilio á los bretones contra Eurico.—Llegada de los bretones y de su rey Riotimo á Bourges.—Los visigodos derrotan á los bretones.—Avito.—Toma de Arverna.—Últimos emperadores de Occidente.

El ávido apresuramiento que mostró en sucederle su hermano Eurico hizo recaer sobre él graves sospechas. Pero mientras estas y otras muchas cosas ocurrían en la nación de los visigodos, el emperador Valentiniano pereció por las celadas de Máximo, que usurpó el Imperio. Al saberlo Gicerico, rey de los vándalos, preparó una flota para pasar de África á Italia, y habiendo entrado en Roma, lo devastó todo. Máximo huyó y fué muerto por un soldado romano llamado Urso. Después de su muerte, Marciano, emperador de Oriente, invitó á Mayoriano para que se hiciese cargo del mando del Imperio de Occidente. Pero éste reinó muy poco tiempo á

su vez, siendo muerto en Dertona, cerca del río llamado Ira, cuando marchaba contra los alanos que infestaban las Galias. Ocupó su puesto Severo y murió en Roma en el tercer año de su reinado. Viendo esto el emperador León, que había sucedido á Marciano en el Imperio de Oriente, eligió para emperador de Occidente á su patricio Anthemio. En cuanto llegó éste á Roma, envió en seguida contra los alanos á su yerno Ricimero, varón de talento, y tal vez el único entonces en Italia que fuese apto para mandar un ejército. En efecto; en el primer encuentro deshizo á los alanos, matando gran número de ellos, incluso su rey Beurgo. Entretanto, Eurico, rey de los visigodos, viendo aquellos frecuentes cambios de emperadores romanos, quiso extender su autoridad por toda la Galia. Informado de sus designios el emperador Anthemio, pidió en seguida auxilio á los bretones. Su rey Riotimo llevó en seguida doce mil y fué recibido en la ciudad de Bituriga (Bourges) á su salida de las naves que le habían llevado por el Océano. Eurico, rey de los visigodos, á la cabeza de innumerable ejército, marchó á su encuentro; y, después de largo combate, Riotimo, rey de los bretones, quedó derrotado antes de que los romanos pudieran reunírsele. Después de perder gran parte de su ejército, huyó con los que pudo salvar, retirándose al país de los burgundios, nación que estaba muy cerca y que, en aquel tiempo, era aliada de los romanos. Poco después, el rey de los visigodos se apoderó de la ciudad de Arverna, en la Galia. Había muerto ya el emperador Anthemio, después de destruir la Romania con una guerra intestina encendida entre él y su yerno Ricamero, pereciendo á manos de éste y dejando el imperio á Olibrio. Por este mismo tiempo, Aspar, de la noble raza de los godos, y primer patricio de Constantinopla, pereció en el palacio bajo las espadas de los eunucos, con sus hijos Ardabu-

ro y Patriciolo, de los que uno había sido patricio y el otro era césar y yerno del emperador León. Habiendo muerto Olibrio antes del octavo mes de su reinado, tomó la púrpura en Ravena Glicerio, previniendo más bien que obteniendo la elección del Senado. Pero, apenas había pasado un año, cuando Nepos, hijo de una hermana de Marcelino, antiguo patricio, lo derribó del trono y lo hizo ordenar obispo en el puerto de Roma. Viendo Eurico tantos cambios, como ya hemos dicho, tantas vicisitudes, se apoderó, de la ciudad de Arverna, donde mandaba entonces por los romanos el ilustre Decio, senador, hijo del emperador Avito, que, habiéndose apoderado del poder antes de Olibrio, solamente conservó el imperio corto número de días, y se retiró voluntariamente á Placencia, donde fué ordenado obispo. Decio, el hijo de éste, sostuvo muchos combates con los visigodos, pero no pudiendo resistirles, abandonó su patria y la ciudad de Arverna al enemigo, retirándose á parajes más seguros. En cuanto se enteró el emperador Nepos, mandó á Decio que saliese de las Galias y se le presentase; y al mismo tiempo nombró para reemplazarle al maestre de la milicia Orestes. Tomó éste tropas y se puso en marcha contra el enemigo; pero habiendo llegado de Roma á Ravena, se detuvo en esta ciudad y proclamó emperador á su hijo Augústulo. Al enterarse, huyó Nepos á Delmacia, y, después de haber perdido el Imperio, murió en aquella provincia, donde moraba ya Glicerio, en otro tiempo Emperador y ahora obispo de Salona. Por entonces fué cuando Orestes proclamó Emperador á su hijo Augústulo en Ravena.

CAPÍTULO XLVI

Odoacro destrona á Augústulo.—Fin del imperio de Occidente.—Odoacro dueño de Italia.—Muerte de Brachila.

Poco tiempo después, Odoacro, rey de los turcilingos, llevando consigo sciros, hérulos y auxiliares de diferentes naciones, se apoderó de Italia y, después de matar á Orestes, derribó del trono á su hijo Augústulo, al que relegó en la fortaleza de Lúculo, en Campania. Así, pues, el Imperio romano de Occidente, que había comenzado el año setecientos nueve de la fundación de Roma, al advenimiento de Octaviano Augusto, primer emperador, cayó con aquel Augústulo quinientos veintidós años después, á contar desde la época en que los predecesores de éste comenzaron á reinar. Desde entonces los reyes de los godos fueron dueños de Roma y de Italia. Odoacro, rey de las naciones, habiendo subyugado toda la Italia y queriendo infundir á los romanos el terror de su nombre, mató en Ravena, al principio de su reinado, al conde Brachila. Por este medio afirmó su dominación y reinó cerca de catorce años, hasta la aparición de Teodorico, de quien hablaremos en la continuación de esta historia. Entretanto, reanudemos nuestro relato en el punto en que lo interrumpimos.

CAPÍTULO XLVII

Eurico se apodera de Arlés y de Marsella.—Sus conquistas en España y en la Galia.—Somete á los burgundios.—Su muerte.—Alarico.

Viendo vacilar el Imperio romano, Eurico, rey de los visigodos, redujo á su dominio Arlés y Marsella. Comprometióse en esta empresa seducido por los regalos de

Gicerico, rey de los vándalos, quien, para ponerse á cubierto de las asechanzas de León ó Zenón, llevó con sus intrigas á los ostrogodos á devastar el Imperio de Oriente y á los visigodos el de Occidente, á fin de que uno y otro Imperio, teniendo guerra en su seno, no pudieran ir á perturbarle en África. Apresuróse, pues, Eurico á secundarle, y, dueño ya de toda España y de gran parte de las Galias, sometió además á los burgundios y murió en Arlés, donde se encontraba en el año décimonono de su reinado. Tuvo por sucesor á su hijo Alarico, que fué el noveno rey de los visigodos después de Alarico el Grande: y sabido es que, lo que antes hicimos notar relativamente á Augústulo, ocurrió igualmente con los Alaricos: tan cierto es que muchas veces los Imperios terminan bajo príncipes del mismo nombre de los que los fundaron. Pero dejemos esto ahora y reunamos todos los hilos de la historia de los godos, según lo que prometimos. Hemos referido como nos ha sido posible, sirviéndonos de los testimonios de los antiguos, la historia tanto de los ostrogodos como de los visigodos, mientras estas dos naciones no formaron más que una. En seguida hemos narrado hasta el fin la de los visigodos, desde su separación de los ostrogodos; debemos ahora volver á sus antiguas moradas de la Scitia y exponer de la misma manera la genealogía y los hechos de los ostrogodos.

CAPÍTULO XLVIII

El rey de los ostrogodos Vinitar intenta librarse del yugo de los hunnos.—Sus combates contra los antos y contra los hunnos.—Es vencido y muerto.—Reyes de la familia de los amalas.—Sus sucesores.

Habiéndose separado los ostrogodos y los visigodos á la muerte de su rey Ermanarico, los primeros fueron

súbditos de los hunnos y continuaron habitando el mismo país; sin embargo, el amala Vinitar conservó las insignias de la realeza. Tan valiente como su abuelo Ataúlfo, que había tomado como modelo, pero menos afortunado que Ermanarico, Vinitar soportaba impaciente el yugo de los hunnos y se sustraía insensiblemente á su dominación. Procurando demostrar su valor, invadió las fronteras de los antos y fué vencido en el primer combate que les libró. Más adelante se comportó valientemente é hizo crucificar á su rey, llamado Box, con sus hijos y setenta jefes, cuyos cadáveres quedaron suspendidos en el patíbulo, para ejemplo de los vencidos é inspirarles terror. Hacía cerca de un año que reinaba con esta independencia, pero Balambero, rey de los hunnos, no lo consintió por más tiempo. Llamó á su presencia á Segismundo, hijo de Hunimundo el Grande, que, fiel á su juramento y á la fe prometida, había continuado sometido á los hunnos con gran parte de los godos; y, después de renovar con él la antigua alianza, llevó su ejército contra Vinitar. La guerra fué larga: en el primero y segundo combate quedó vencedor Vinitar y no sería posible explicar qué carnicería hizo en el ejécito de los hunnos; pero en la tercera, dada en la orilla del río llamado Eraco, habiendo marchado por sorpresa los dos reyes uno contra otro, Balambero disparó una flecha contra Vinitar, le hirió en la cabeza y le mató. En seguida tomó por esposa á Valadamarca, sobrina de éste último, y desde entonces toda la nación de los godos reconoció sin dificultad su autoridad; si bien este pueblo tuvo siempre rey propio para gobernarle, pero bajo la dependencia de los hunnos. Después de la muerte de Vinitar, los godos obedecieron á Hunimundo, hijo de Ermanarico, aquel rey tan poderoso en otro tiempo. Hunimundo era muy intrépido en los combates y singularmente hermoso de cuer-

po. Durante su reinado peleó con éxito con los suevos. Á su muerte tuvo por sucesor á su hijo Torismundo, que se encontraba en la flor de la juventud. Habiendo atacado éste á los gépidos en el segundo año de su reinado, alcanzó sobre ellos gran victoria y pereció, según se dice, de una caída del caballo. Tanta aflicción causó su pérdida á los ostrogodos, que, para que nada les distrajera de su recuerdo, no tuvieron rey para reemplazarle durante cuarenta años, hasta que llegó el tiempo en que Valamiro pudo indemnizarles de la desgracia de haberle perdido. Era este hijo de Vandalaro primo hermano de Torismundo, cuyo hijo Berimundo, como dijimos antes, había seguido la nación de los visigodos á Occidente, por desprecio á los estrogodos desde que estaban sometidos á los hunnos. De Berimundo nació Vederico, quien á su vez tuvo por hijo á Eutarico, que casó con Amalasuenta, hija de Teodorico, reuniendo así la raza de los amalas, dividida desde antiguo. Este engendró á Atalarico y á Matesuenta. Ahora bien: habiendo muerto en la juventud Atalarico, Matesuenta fué llevada á Constantinopla, donde casó en segundas nupcias con el hijo de un hermano del emperador Justiniano, llamado Germano, como su padre. Mas para no separarnos del orden que queremos seguir, tenemos que volver á la línea de Vandalaro, compuesta de tres florecientes vástagos; porque este Vandalaro, sobrino de Ermanarico y primo de Torismundo, de quien ya hemos hablado, tuvo tres hijos que le hicieron ilustre entre los amalas, á saber: Valamiro, Teodomiro y Videmiro. Valamiro, por la sucesión de sus padres, subió al trono en tiempo en que los ostrogodos y con ellos otras naciones estaban bajo la dominación de los hunnos. Y fué entonces cosa bella ver á los tres hermanos, cuando el heroico Teodomiro combatía para sostener el trono de Valamiro, cuando Valamiro á su vez no usaba de su supe-

rioridad sino para colmar de honores á su hermano y Videmiro se consideraba feliz obedeciendo por la gloria de uno y de otro. Sostenidos de esta manera por el mutuo cariño, en cierto modo eran tres reyes, y reinaban en común por su buena armonía. Sin embargo, como muchas veces se ha dicho, su autoridad estaba subordinada á la de Atila, rey de los hunnos, de manera que no hubiesen podido negarse á combatir aunque hubiera sido contra sus parientes los visigodos; porque lo que el interés del señor manda, aunque sea un parricidio, hay que cumplirlo. Ninguna nación scítica pudo libertarse del dominio de los hunnos hasta la muerte de Atila, muerte que todos los pueblos deseaban lo mismo que los romanos, y cuyo beneficio excitó tanta alegría como había causado asombro su vida.

CAPÍTULO XLIX

Muerte de Atila.—Sus funerales.

Atila, según refiere el historiador Prisco, casó al tiempo de morir con una joven muy hermosa, llamada Idlica, después de haber tenido considerable número de mujeres, según costumbre de su país. El día de las bodas se entregó á profunda alegría; y después, como abrumado por el vino y el sueño, se acostó sobre la espalda; su sangre, demasiado abundante, no pudo salir por la naríz, como de ordinario, y tomando dirección funesta, cayó sobre el pecho y le ahogó. De esta manera, aquel rey que se había distinguido en tantas guerras, encontró vergonzosa muerte en medio de la embriaguez. Al día siguiente, cuando tocaba ya á su fin, los servidores del rey, cediendo á grandes zozobras, rompieron las puertas, después de llamarle á grandes gri-

tos, encontráronle ahogado por la sangre, sin heridas, y á la joven cabizbaja, llorando bajo su velo. Entonces, según costumbre de la nación, cortáronle parte de la cabellera y le hicieron en el rostro profundas incisiones que aumentaron su fealdad. Querían llorar á aquel gran guerrero, no como mujeres, con gemidos y lágrimas, sino con sangre, como hombres que eran. He aquí un prodigio que ocurrió en aquella ocasión. Marciano, emperador de Oriente, en medio de las inquietudes que le ocasionaba enemigo tan terrible, vió aquella noche en sueños aparecérsele la divinidad mostrándole roto el arco de Atila, aquel arco en el que fundaba todas sus esperanzas la nación de los hunnos. El historiador Prisco pretende poseer testimonios irrecusables en apoyo de este hecho. Verdad es que Atila se había hecho tan temible á los grandes Imperios, que el cielo parecía conceder una gracia á los reyes quitándole la vida. No debemos prescindir de referir, aunque brevemente, de qué manera celebró su nación los funerales. Expusieron solemnemente su cuerpo en medio de los campos, en una tienda de seda, con objeto de que pudiesen contemplarlo. Los jinetes más distinguidos entre los hunnos corrían, como se hace en los juegos del circo, alrededor del paraje donde estaba colocado, y referían sus hazañas en el siguiente cántico fúnebre: «El más grande entre los reyes de los hunnos es Atila, hijo de Mondzuco. Ha sido dueño de las naciones más valientes; él sólo ha poseído la Scitia y la Germania, reuniendo sobre su cabeza un poder hasta entonces inaudito. Él también llevó el terror á los dos Imperios de los romanos; él quien, después de haberse apoderado de las ciudades, salvó del pillaje el resto, dejándose conmover por las súplicas y contentándose con un tributo anual. Y después de haber realizado estas cosas, en medio de su felicidad, ha muerto, no por mano de enemigo, no por traición de los

suyos, sino sin dolor, en medio del regocijo, en el seno de su nación floreciente. ¿Puede decirse que ha muerto aquel á quien nadie cree deber vengar?» Después de expresar su desolación de esta manera, celebraron sobre su tumba un gran festín, una *strava*, según lo llaman; y, entregándose sucesivamente á los sentimientos más opuestos, mezclaban la alegría con el duelo de los funerales. Encerraron el cuerpo de Atila en tres féretros, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro, dando á entender con esto que aquel poderoso rey lo había poseído todo; el hierro para domeñar las naciones; el oro y la plata en señal de los honores con que había revestido los dos Imperios. Á estos emblemas añadieron los trofeos de las armas tomadas al enemigo, collares enriquecidos con diferentes piedras preciosas, y en fin, los diversos ornamentos con que se adorna los palacios de los reyes. Y con objeto de preservar tales riquezas de la codicia de los hombres, mataron á los obreros empleados en los funerales, dándoles tan horrible salario; de manera que en el mismo momento la muerte se cernió sobre el cadáver sepultado y sobre los que acababan de sepultarlo.

CAPÍTULO L

Disensiones entre los hijos de Atila.—Los pueblos vasallos de los hunnos se sublevan contra ellos.—Modo de armarse estos pueblos.—Batalla de Netad.—Muerte de Ellac.—Godos, gépidos, sármatas, etc., recobran su libertad.—Nuevas comarcas donde se establecen estos pueblos.

Acababa de suceder esto, cuando el ánimo juvenil, excitado por la ambición de mando, suscitó disensiones entre los hijos de Atila por la sucesión al trono; y cuando todos ellos aspiraban locamente al Imperio, todos lo

perdieron á la vez: así lo que entraña frecuentemente, la ruina de un Estado, no es la falta de sucesores á la corona, sino su excesivo número Los hijos, que en su desenfrenada pasión por las mujeres, había tenido Atila, formaban casi un pueblo, y querían dividirse por partes iguales las naciones que consideraban como herencia del belicoso rey y echar á suertes á cuál de ellos había de corresponder cada parte. Cuando supo esto Ardarico, rey de los gépidos, indignóse de que quisieran tratar á tantos pueblos como vil rebaño de esclavos; y levantándose el primero contra los hijos de Atila, borró con sus triunfos la vergüenza del yugo que se había visto obligado á sufrir. Y no libertó solamente á su nación al separarse de los hunnos, sino á todas aquellas sobre que pesaba su dominación; porque el hombre está pronto con energía para toda empresa que tiene por objeto el bien general. Armáronse, pues, por una y otra parte para una guerra á muerte y se vino á las manos en Pannonia, á las orillas del río llamado Netad, teniendo lugar allí el choque de las diferentes naciones que Atila había mantenido bajo su dominio. Los reinos, los pueblos se dividen; de un solo cuerpo se forman diferentes miembros que ya no obedecen á una voluntad única, sino que, privados de su cabeza, se entregan á mutuos furores: y aquellas valientes naciones, que nunca habían encontrado rivales, no experimentaron resistencia digna de su valor, hasta el día en que volvieron las armas unas contra otras para exterminarse. Creo que fué aquel espectáculo admirable para el mundo, ver al godo enfurecido herir con su espada al gépido, rompiendo en las heridas de éste todos los dardos que había recibido; al suevo, orgulloso de sus peones; al hunno de su destreza en lanzar la flecha; al alano pesadamente armado y al hérulo de ligera armadura. Después de lucha larga y mortífera, la victoria favoreció

inopinadamente á los gépidos, y cerca de treinta mil hombres, tanto hunnos como de otras naciones auxiliares de éstos, cayeron bajo la espada de Ardarico y de los que se habían coligado con él. En esta batalla fué muerto el hijo mayor de Atila, llamado Elaco. Decíase que su padre le había mostrado tanta predilección, que le había elegido con preferencia á todos sus demás hijos para sucederle, pero la fortuna no secundó los deseos del padre. Sin embargo, pereció tan valientemente, después de derribar con sus golpes tantos enemigos, que su padre, si hubiese vivido, le habría envidiado tan glorioso fin. Después de su muerte, sus hermanos huyeron á las orillas del mar del Ponto, á las mismas comarcas donde, como antes dijimos, habitaron primeramente los godos. De esta manera fueron vencidos los hunnos cuando parecía que habían de vencer al mundo entero; y tales son los tristes efectos de la discordia, que aquel Imperio, cuya unión le hacía tan temible, se desmoronó el día en que estalló la división. Esta victoria de Ardarico, rey de los gépidos, fué acontecimiento feliz para todas las naciones que obedecían á despecho á los hunnos: levantó su ánimo por tanto tiempo abatido en la tristeza y su alma se entregó á las alegrías de una libertad ardientemente deseada. Muchas de ellas enviaron legaciones al país de los romanos, cerca de Marciano, emperador entonces, que las recibió favorablemente y les señaló tierras para establecerse; porque los gépidos se habían apoderado á viva fuerza de las tierras de los hunnos y poseían cual señores la Decia entera como por derecho de conquista. Así, pues, aquellos varones animosos no pidieron otra cosa al Imperio, para trabar amistad con él, sino la paz y un donativo anual, en lo que convino gustoso el Emperador: y el donativo se les ha venido dando hasta hoy, porque esta nación continúa á sueldo de los emperadores romanos. En

cuanto á los godos, viendo empeñados á los gépidos en conservar las tierrás de los hunnos y á éstos á su vez dueños de las que en otro tiempo les habían pertenecido, prefirieron acudir al Imperio romano que correr el riesgo de una invasión por terrenos ajenos, y fueron autorizados para ocupar la Pannonia, provincia que, extendiéndose en dilatadas llanuras, está limitada al Oriente por la alta Mesia, al Mediodía por la Dalmacia, la Nórica á Poniente y el Danubio al Septentrión, y en las que se encuentran numerosas ciudades, siendo la primera Sirmis y Vindomina la última. Los sauromatas ó sármatas, como les llamamos, y los comandros, seguidos de algunos hunnos, recibieron terrenos en la Iliria, cerca de Castrum Martena, donde se establecieron. De entre ellos salieron Blivilas, duque de Pentápolis, su hermano Froilas y Bessa, que ha sido patricio en nuestros días. Los sciros, satagarios y otros alanos, cuyo jefe se llamaba Candax, recibieron la Scitia menor y la baja Mesia. De este Candax, mientras vivió, fué notario Peria, padre de mi padre Alanovamuto, es decir, mi abuelo; y la hermana de Candax fué madre de Guntix, llamado también Baza, que fué maestre de la milicia y tuvo por padre á Andax, hijo de Andala, de la raza de los amalas. Y yo también, Jornades, aunque iliterato, fuí notario antes de mi conversión. Los rugos, con algunas otras naciones, pidieron establecerse en Biocimetas y en Scandiópolis. Á ejemplo de éstos, Hernac, el más joven de los hijos de Atila, eligió por morada con los suyos el extremo de la Scitia menor; y sus primos Emnedzar y Uzindur, la Dacia Ripuaria. Esta provincia estaba ya ocupada por Uto é Iscalmo, que salieron entonces por diferentes lados con multitud de hunnos y se lanzaron sobre la Romania. Los descendientes de éstos son los que llevan hoy el nombre de sacromontisos y de fosatisos.

CAPÍTULO LI

Los godos menores fijan la residencia en la Mesia.—El obispo Vulfila.

Existían también otros godos llamados menores, pueblo inmenso, que tenía por obispo y jefe á Vulfila, que pasa por haberles enseñado el arte de la escritura: estos son los mismos que habitan hoy en Eucópolis, en la Mesia. Pobres y poco guerreros, estableciéronse al pie de una montaña, donde todas sus riquezas consisten todavía en rebaños de ganados de diferentes especies, en pastos y bosques. Sus tierras, por otra parte, fecundas en pastos de toda clase, producen poco trigo; y en cuanto á viñas, muchos de ellos ignorarán siempre si existen en el mundo, porque solamente comerciando con las naciones vecinas pueden procurarse vino: por esta razón se alimentan con leche.

CAPÍTULO LII

Valemiro, Teodomiro y Videmiro reyes de los ostrogodos.—Son atacados por los hunnos y les rechazan.—Nacimiento de Teoderico.— Invasión de los ostrogodos en Iliria.—Ajustan la paz con el Imperio.—Teoderico dado en rehenes.

Volviendo á la nación de que se trata, los ostrogodos que habitaban en la Pannonia, bajo las órdenes del rey Valemiro y de sus hermanos Teodomiro y Videmiro, vivían en estrecha unión, aunque sus territorios estaban separados; porque Valemiro se había establecido entre los ríos Scarniunga y Agua-Negra, Teodomiro á

orillas del lago Pelso y Videmiro entre sus dos hermanos. Ocurrió, pues, que los hijos de Atila, reivindicando á los godos como desertores de su nación, como esclavos fugitivos, marcharon contra ellos é hicieron irrupción en las tierras de Valemiro, sin que lo supieran sus hermanos. Éste, si bien con pocas fuerzas, sostuvo el ataque; y despues de contenerles por mucho tiempo, les hizo experimentar tal derrota, que apenas dejó escapar algunos que huyeron llegando á las comarcas de la Scitia situadas al otro lado de la parte del Danubio, que llaman Hunivar en su lengua. Enviando en el acto Valemiro un mensajero á su hermano Teodomiro para darle cuenta de su regocijo, llegó en el mismo día á la casa de éste y le encontró mucho más regocijado aún que podía estarlo por la noticia que le llevaba, porque aquel día había nacido su hijo Teoderico, niño hermoso cuya madre, Erelieva, no era más que concubina. Poco tiempo después el rey Valemiro y sus hermanos Teodomiro y Videmiro, habiendo enviado legados al emperador Marciano para recibir los dones que el Imperio acostumbraba hacerles, así como á su valerosa nación, para la conservación de la paz, supieron que Teodorico, hijo de Triario, de la nación de los godos ciertamente, pero de otra raza que los amalas, gozaba, tanto él como los suyos, del mayor favor; que estaba ligado con amistad con los romanos y recibía regalos anuales, mientras ellos solos eran los desdeñados. Enfurecidos repentinamente, tomaron las armas, y recorriendo casi toda la Iliria la saquearon y devastaron; pero el Emperador cambió en seguida de sentimientos y les devolvió la antigua amistad enviándoles legados, no solamente para suplicarles que recibiesen los presentes que se les debían por lo pasado, sino también para prometerles que en lo venidero se les concedería sin dificultad, recibiendo de ellos, como prenda de paz, al niño Teoderico, hijo

de Teodomiro, de quien antes hablamos. Había cumplido entonces siete años y entrado en el octavo; y como su padre vacilaba en entregarle, se lo suplicó su tío Valemiro, únicamente para que quedase consolidada la paz entre godos y romanos. Habiendo entregado, pues, los godos á Teoderico en rehenes, lleváronle á Constantinopla con el emperador León; y como era un niño muy hermoso, se granjeó en seguida el favor imperial.

CAPÍTULO LIII

Expedición de los ostrogodos contra los satagas.—Invasión de Dinzio, hijo de Atila, en las tierras de los ostrogodos.—Es rechazado.—Guerra de los ostrogodos contra los suevos y sciros.—Muerte de Valemiro.

Después que godos y romanos establecieron sólida paz, viendo los godos que no les bastaban los socorros que recibían del Emperador, y deseando, además, dar á conocer su valor, comenzaron á saquear los alrededores de las naciones vecinas, y dirigieron primeramente sus armas contra los sátagas que ocupaban el interior de la Pannonia. Cuando lo supo Dinzio, rey de los hunnos é hijo de Atila, reunió en derredor suyo el corto número de naciones que aparentaban aún reconocer su autoridad, los ulzinguros, angisciros bitugoros y los bardoros, y presentándose delante de Basiana, ciudad de la Pannonia, la sitió y comenzó á talar su territorio. Llegando la noticia á los godos, en el país donde se encontraban, abandonaron la expedición emprendida contra los sátagas, y se volvieron contra los hunnos, á los que arrojaron de sus fronteras, con tanta ignominia para éstos, que, desde entonces hasta hoy, los que sobrevivieron á la derrota han conservado profundo miedo á las armas

godas. La nación de los hunnos dejaba al fin en paz á los godos, cuando Hunimundo, rey de los suevos, al pasar para ir á recoger botín en la Dalmacia, arrebató los rebaños de los godos dispersos en los campos: porque la Dalmacia era vecina de la Suevia y estaba cerca de la Pannonia, especialmente de la parte habitada por los godos. Cuando Hunimundo y los suevos, después de haber devastado la Dalmacia, regresaban á sus tierras, Teodomiro, hermano de Valemiro, rey de los godos, menos preocupado por la pérdida de los rebaños que por el temor de ver á los suevos redoblar de audacia, si el robo quedaba impune, de tal manera acechó su paso, que, mientras dormían en medio de obscura noche, cayó sobre ellos cerca del lago Pelso; y obligándoles á pelear de improviso, de tal manera los destrozó, que cayó prisionero el mismo rey Hunimundo, y todos los que escaparon de la espada de los godos los redujeron éstos á la servidumbre. Y como Teodomiro se inclinaba mucho á la misericordia, una vez vengado de los suevos les perdonó; y habiéndose reconciliado con ellos, adoptó por hijo á aquel mismo prisionero Hunimundo, enviándolo con los suyos á Suevia. Pero éste, sin gratitud á los beneficios de su nuevo padre, dió rienda suelta poco después á la perfidia que incuvaba, excitando á la nación de los sciros, establecida entonces sobre el Danubio, viviendo en paz con los godos, á que abandonase la alianza de éstos para unirse á él y tomase las armas contra ellos. No esperaban entonces los godos mal alguno, especialmente por parte de aquellas dos naciones vecinas, con cuya amistad contaban; y de pronto estalló la guerra. Apremiados por la necesidad, empuñaron las armas, y, comportándose en el combate con su acostumbrada bravura, vengaron la injuria recibida. En esta batalla pereció su rey Valemiro; encontrábase á caballo y corría delante de las filas

para exhortar á los suyos, cuando espantándose el caballo, cayó arrastrando al jinete, que en el acto fué atravesado por las lanzas enemigas. Los godos combatieron á los rebeldes con tanto furor para vengar la muerte de su rey y la propia injuria, que exterminaron á casi toda la nación de los sciros, exceptuando á aquellos que, llevando el mismo nombre, no se encontraron en la batalla y no habían participado de la felonía.

CAPÍTULO LIV

Liga de los suevos, sármatas, sciros, gépidos y rugos, contra los ostrogodos.—Sangrienta batalla que éstos ganan.

Temiendo que la ruina de los sciros arrastrase la suya, Hunimundo y Alarico, reyes de los suevos, tomaron las armas contra los godos. Apoyáronles los sármatas, que acudieron en su auxilio con sus reyes Benga y Babai, los sciros que quedaban, bajo el mando de sus jefes Edica y Vulfo, llamados por los suevos, porque debían pelear con tanto más encarnizamiento, cuanto que tenían que satisfacer su venganza: en fin, los gépidos que se les unieron, así como también un gran refuerzo de rugos. Reunieron además otros guerreros de diferentes regiones y, formando un cuerpo con aquella inmensa multitud, fueron á acampar cerca del río Bolia, en Pannonia. Habiendo muerto Valemiro, recurrieron los godos en aquel trance á su hermano Teodomiro, que, á pesar de que desde mucho tiempo reinaba conjuntamente con sus hermanos, hasta entonces no tomó las insignias del poder soberano. Envió éste á Videmiro, su hermano más joven, encargándole en parte de los cuidados de aquella guerra, y después, cediendo á la necesidad, acudió á las armas. Trabado el com-

bate, se sobrepuso el ejército de los godos y tal carnicería hizo en el enemigo, que el campo de batalla, inundado de sangre, parecía un mar rojo, en el que se alzaban como colinas montones de armas y de cadáveres, quedando en el suelo más de diez mil guerreros. Ante aquel espectáculo experimentaron los godos indecible alegría; porque al hacer aquella inmensa matanza, habían vengado la sangre de su rey Valemiro y su propia injuria. En cuanto á aquella innumerable multitud de enemigos diversos, los que pudieron escapar emprendieron la fuga y solamente con gran trabajo y cubiertos de vergüenza, pudieron llegar á su país.

CAPÍTULO LV

Teodomiro ataca y subyuga á los suevos y á los alemanes.—Regreso de Teoderico.—Expedición de Teoderico contra los sármatas.—Les mata á su rey Babai.—Toma á Singidon.

Pasado algún tiempo y durante el frío del invierno, habiéndose helado el Danubio como de ordinario (porque el agua de este río se endurece entonces hasta tal punto que, pareciendo roca, puede soportar un ejército, carros, trineos y toda clase de vehículos sin que haya necesidad de barcas), estando, pues, helado el Danubio, Teodomiro, rey de los godos, se puso al frente de un ejército de soldados de á pie, apareciendo de improviso á retaguardia de los suevos, cuyo país tiene á los baiobaros al Oriente, al Occidente los francos, al Mediodía los burgundios y al Septentrión los turingianos. Á los suevos se habían unido entonces los alemanes y éstos ocupaban como dueños las alturas de los Alpes, desde donde caen con gran estrépito algunos de los afluentes del Danubio. Á aquel país tan fortificado y en la estación

del invierno llevó Teodomiro el ejército de los godos: sin embargo, no dejó de vencer tanto á la nación de los suevos como á la de los alemanes, á pesar de su recíproca alianza, taló sus tierras y las subyugó casi por completo. Desde allí regresó á sus hogares, es decir, á Pannonia, donde tuvo la alegría de recibir á su hijo Teoderico, enviado en rehenes á Constantinopla y que le devolvía, con grandes regalos, el emperador León. Teoderico había salido ya de la infancia y entraba en la adolescencia, no habiendo cumplido todavía los diez y ocho años. Atrájose los guardias de su padre, hízose partidarios y clientes entre los godos en número de más de seis mil, y al frente de ellos pasó el Danubio sin que se enterase su padre y se puso en campaña contra Babai, rey de los sármatas, henchido de orgullo á la sazón por la victoria que acababa de alcanzar contra Camundo, duque de los romanos. Teoderico le sorprendió y le mató; y, habiéndose apoderado de su familia y de su tesoro, volvió triunfante al lado de su padre. Poco después se apoderó de la ciudad de Singidono, que habían ocupado los sármatas; pero en vez de devolverla á los romanos, la conservó bajo su autoridad.

CAPÍTULO LVI

Hambre de los godos.—Hacen invasiones en Oriente y Occidente.—Videmiro muere en Italia.—Su hijo, ganado por Glycerio, pasa á la Galia y se reune á los visigodos.—Apodérase Teodomiro de Naiso y de muchas otras ciudades.—Asocia á su hijo Teoderico á la autoridad real.—Tratado hecho entre Teodomiro y Clariano.—Poblaciones cedidas á los godos.—Muere Teodomiro en Ceres.—Le sucede Teoderico.

Como andando el tiempo disminuyó el botín en las naciones inmediatas, comenzaron los godos á carecer de víveres y vestidos; y aquellos hombres que, desde

muy antiguo, solamente vivían de la guerra, empezaron á encontrar insoportable la paz. Marcharon, pues, todos juntos y con grandes gritos al rey Teoderico y le rogaron que llevase el ejército á donde le pluguiese. Llamó éste á su hermano, y después de echar suertes, le exhortó á que marchase sobre Italia, donde á la sazón reinaba el emperador Glicerio, mientras que él mismo, con el ejército más fuerte, invadiría el más poderoso de los dos Imperios, el de Oriente. Así se hizo, y muy pronto entró por tierras de Italia Videmiro. Pero allí pagó el último tributo al destino y salió de este mundo dejando por sucesor á su hijo Videmiro, á quien decidió el emperador Glicerio, por medio de regalos, á que pasase de Italia á las Galias, oprimidas entonces por diferentes naciones de los alrededores, asegurándole que sus parientes, los visigodos, habían establecido allí su dominación en la vecindad del Imperio. Videmiro aceptó los regalos y las indicaciones del emperador Glicerio, y partió para las Galias, donde se reunió con sus parientes los visigodos, con quienes formó un solo cuerpo. De esta manera mantuvieron bajo su autoridad las Galias y las Españas, y tan bien las defendieron, que ningún otro pueblo pudo prevalecer contra ellos. En cuanto á Teodomiro, el mayor de los dos hermanos pasó con los suyos el río Saum (Save) amenazando con la guerra á los sármatas y á las milicias del Imperio, si alguien intentaba oponérsele. Con este temor se mantuvieron tranquilos, porque no hubiesen podido resistir fuerzas tan considerables como aquéllas. Viendo Teodomiro que alcanzaba éxitos en todas partes, se apoderó de Naiso, primera ciudad de la Iliria; y, habiéndose detenido allí para asociar á la corona á su hijo Teoderico, dió orden á sus condes de que pasasen por el fuerte de Hércules y que marchasen contra Ulpiana. En cuanto llegaron recibieron la sumisión de la ciudad, que sa-

quearon, y penetraron en otras plazas de la Iliria, donde los godos no habían estado hasta entonces. Igualmente tomaron y saquearon Haraclea y Larisa, ciudades de la Tesalia. Pero ni sus propios triunfos, ni los de sus hijos, satisfacían aun á Teodomiro, que salió de la ciudad de Naiso, no dejando allí más que corto número de los suyos para guardarla, y se dirigió sobre Tesalónica, donde se encontraba con tropas el patricio Clariano, enviado contra él por el Emperador. Viendo el patricio á los godos levantar empalizadas alrededor de la ciudad, y no esperando poder defenderse, envió una legación al rey Teodomiro y le decidió con regalos á que levantase el sitio. Ajustóse un tratado entre los godos y el general romano, quien consintió en abandonar algunas plazas para que se estableciesen en ellas; á saber: Cerópela, Europa, Mediana, Petina, Beresina y otros parajes comprendidos bajo el nombre de Sium, donde los godos y su rey vivieron tranquilos, después de ajustar la paz y deponer las armas. Poco tiempo después, atacado Teodomiro de enfermedad mortal en la ciudad de Cerres, llamó en derredor suyo á los godos, les designó por sucesor á su hijo Teoderico, y murió.

CAPÍTULO LVII

Honores tributados por el emperador Zenón á Teoderico.—Pide éste y obtiene marchar á Italia contra Odoacro.—Partida de Teoderico.—Sale Odoacro á su encuentro.—Encuéntranse ambos ejércitos en el territorio de Verona.—Es derrotado Odoacro.—Teoderico pasa el Po y acampa delante de Ravena.—Larga resistencia de Odoacro.—Italia reconoce á Teoderico por señor.—Odoacro se ve reducido á extrema necesidad. Pide gracia y la obtiene.—Su muerte.

El emperador Zenón supo con placer que Teoderico había sido proclamado rey por su pueblo; y, habiéndo-

le dirigido un mensaje, lo llamó á su lado, en Constantinopla, donde le recibió con los honores que merecía, y le confirió una de las primeras dignidades de su palacio. Poco tiempo después, queriendo honrarle más, lo adoptó por hijo de armas, decretó á su costa el triunfo en Constantinopla, y le nombró cónsul ordinario, lo que se tiene por la suma grandeza y gloria en este mundo. Y no cansándose de otorgar nuevos favores á aquel grande hombre, le hizo erigir una estatua ecuestre en el patio de su palacio. Ahora bien: mientras Teoderico gozaba en Constantinopla de todos los bienes por su alianza con el emperador Zenón, se enteró de que su nación, establecida en la Iliria, como ya dijimos, no se encontraba completamente al abrigo de la escasez y privaciones, y prefirió buscar la vida entre trabajos, según costumbre de los suyos, á gozar solo, en la ociosidad, las delicias de la corte imperial, mientras que su nación apenas podía subsistir. Decidiéndose, pues, dijo al Emperador: «La Hesperia, sobre la que reinaron en otro tiempo vuestros antecesores, y aquella antigua capital y señora del mundo ¿por qué viven hoy bajo la tiranía de un rey de los rugos y de los turcilnigos? Manda que marche contra él con mi nación, con objeto de que no caiga sobre ti el peso de los gastos de la expedición, y para que, si salgo vencedor con el auxilio del Señor, tu gloria brille en aquellas comarcas. Porque conviene que yo, que soy tu servidor y tu hijo, posea y tenga como don tuyo aquel reino, si lo conquisto; y tú no puedes tolerar que aquél, desconocido para ti, haga pesar tiránico yugo sobre tu senado y mantenga una parte del Imperio en la servidumbre y en esclavitud. En cuanto á mí, consideraré mi conquista, si salgo vencedor, como don y favor tuyo: y por tu parte, si soy vencido, no habrás hecho ningún sacrificio, sino que, como ya he dicho, habrás economizado los gastos de la expe-

dición.» El Emperador accedió á su ruego por no disgustarle, aunque le era penoso separarse de él: y, habiéndole colmado de ricos regalos, le despidió, recomendándole el Senado y el pueblo romano. Teoderico dejó, pues, á Constantinopla, y volvió entre los suyos. Tomó toda la nación de los godos, que le había ofrecido seguirle, y se puso en marcha hacia la Hesperia, subiendo en línea recta por la ciudad de Sirmas, que toca á la Pannonia. De allí entró en la Venecia y acampó cerca del puente llamado Soncio. Había permanecido allí algún tiempo para dar descanso á hombres y caballos, cuando Odoacro, á la cabeza de su ejército, acudió á su encuentro. Teoderico le alcanzó en el territorio de Verona y lo deshizo con gran carnicería: aumentando en seguida su confianza, levantó el campamento y atravesó las fronteras de Italia. Habiendo pasado el Po, estableció su campamento ante la ciudad real de Ravena, á unas tres millas de sus muros, en un paraje que lleva el nombre de Pineta: visto lo cual por Odoacro, se fortificó en la ciudad. Frecuentemente salía de noche y de improviso con los suyos para inquietar al ejército de los godos; y esto, no una vez, ni dos, sino casi sin descanso. De esta manera se defendió casi por tres años enteros; pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque ya reconocía toda la Italia á Teoderico por señor, y el deseo público estaba de acuerdo con el del rey de los godos.

Odoacro, con corto número de sus satélites y algunos romanos que le habían permanecido fieles, viéndose de día en día reducidos al extremo en Ravena por el hambre y las armas de los sitiadores, no teniendo ya esperanza, envió una legación y pidió gracia. Teoderico se la concedió primeramente, pero después le hizo morir. Así, pues, tres años después de su entrada en Italia, como ya hemos dicho, Teoderico, con el consentimiento expreso del emperador Zenón, dejó sus

vestiduras nacionales y revistió la púrpura real, como llamado en adelante á reinar sobre los godos y romanos.

CAPÍTULO LVIII

Teoderico contrae matrimonio con Andefleda.—Casa con diversos príncipes bárbaros á sus hijas, su hermana y su sobrina.—Petza arroja á Transarico de Sirmio y se apodera de esta plaza.—Marcha al socorro de Mundo contra Sabiniano.—Hibbas derrota á los francos en las Galias.—Amalarico es batido por los francos.—Su muerte.—Reyes de los visigodos en España.

Habiendo enviado Teoderico una legación á Lodvino, rey de los francos, para pedirle en matrimonio á su hija Andefleda, éste se la concedió gustoso, prometiéndose que aquella unión establecería la concordia entre sus hijos Cheldeperto y Tuideperto y la nación de los godos. Pero aquel matrimonio no contribuyó á la paz y buena armonía, y no impidió que en diferentes ocasiones hubiera entre los dos pueblos sangrientos combates por las tierras de la Galia; sin embargo, mientras vivió Teoderico, jamás cedió el godo al franco. Antes de tener hijos de Andefleda, este príncipe había tenido de una concubina, mientras estaba aun en Mesia, dos hijas naturales, llamada la una Tendicoda y la otra Ostrogota. En cuanto pasó á Italia las dió en matrimonio á dos reyes vecinos, á saber: una á Alarico, rey de los visigodos, y la otra á Segismundo, rey de los burgundios. De Alarico nació Amalarico: habiendo perdido éste á su padre y á su madre siendo muy joven, su abuelo Teoderico le tomó bajo su tutela y lo educaba cuidadosamente, cuando supo que vivía en España Eutario, hijo de Viterico y nieto de Beremundo y de Torismundo, de la familia de los amalas, que se encon-

traba en la flor de la edad y era notable por su prudencia, bravura y vigorosa salud: llamóle á su lado y lo unió en matrimonio con su hija Amalasuenta. Y para multiplicar todo lo posible su posteridad, hizo marchar á su hermana Amalafreda, madre de Teodato, que después fué rey, para que casara con Trasemundo, rey de los vándalos y de África, y casó á Amalaberga, hija de éste y sobrina suya, con el rey de los turingios Hermenfredo. En seguida designó entre los godos más notables á su conde Petza para que marchase á apoderarse de la ciudad de Sirmio. Este arrojó al rey Transarico, hijo de Trastila, cuya madre retuvo prisionera y se apoderó de la ciudad. Desde allí marchó contra Sabiniano, maestrante de la milicia en Iliria, cuando se preparaba éste para combatir á Mundo, cerca de la ciudad llamada Margoplano, entre el Danubio y el río Marciano; y acudiendo en socorro de Mundo con dos mil hombres de á pie y quinientos caballos, destruyó el ejército de Iliria. Mundo descendía de Atila: para huir de la nación de los gépidos, había cruzado el Danubio y recorrido terrenos incultos y deshabitados. Recogiendo de todos los países ladrones de bestias, bandidos y sicarios, se había establecido en la torre llamada Herta, situada en las orillas del Danubio, donde hacía vida salvaje, robando á sus vecinos y haciendo que le llamasen rey los cómplices de sus rapiñas. Encontrábase en situación desesperada y hasta pensaba en rendirse, cuando sobrevino Petza, que lo arrancó de manos de Sabiniano, y recibió, con grandes acciones de gracias de parte suya, su sumisión á Teodorico. A esta victoria siguió muy pronto otra no menos brillante que alcanzó sobre los francos, en las Galias, su conde Hibbas, en una batalla en que fueron muertos más de treinta mil francos. Después de la muerte de su yerno Alarico, Teoderico nombró á su escudero Tiodis tutor de su nie-

to Amalarico, rey de España. Pero Amalarico, adolescente aún, se dejó envolver en las redes de los francos, y perdió al mismo tiempo el trono y la vida. A su muerte, su tutor Teodis puso en sus sienes la corona, hizo desaparecer de España las pérfidas intrigas de los francos y contuvo á los visigodos mientras vivió. Tiodigisglosa subió al trono después de él, pero antes de ejercer la autoridad real pereció á manos de los suyos. Su sucesor es Hactenusagilo, que reina todavía, y contra el cual acaba de levantarse Atanagildo, solicitando el apoyo del Imperio romano, que envía á España al patricio Liberio con un ejército. Pero volviendo á Teoderico, mientras vivió no hubo nación en Occidente que no estuviese bajo su dependencia por amistad ó por sujeción.

CAPÍTULO LIX

Amanarico es proclomado rey.—Provincias de la Galia cedidas á los francos.—Amanarico se pone bajo la protección del Emperador de Oriente.—Su muerte.—Theodato.—Su ingratitud con Amalasuenta.—La hace estrangular.

Llegado á la vejez y comprendiendo que muy pronto le abandonaría la vida, llamó en derredor suyo á los condes de los godos y á los principales de la nación y proclamó rey á Atalarico, niño que apenas tenía diez años, hijo de su hija Amalasuenta y cuyo padre Eutarico había muerto. Y cual si temiese que sus disposiciones testamentarias no fuesen respetadas, les recomendó entre otras cosas que respetasen á su rey, que amasen al Senado y pueblo romano, para vivir siempre en paz con el Emperador de Oriente y cultivar su benevolencia. El rey Atalarico y su madre siguieron puntualmente sus

instrucciones mientras vivieron y reinaron tranquilamente durante ocho años casi enteros. Y como los francos, lejos de intimidarse por el poder de un niño, le miraban con desprecio y se preparaban para la guerra, éste les cedió las conquistas de su padre y de su abuelo en las Galias, y poseyó el resto de sus estados en profunda paz. Cuando Atalarico salió de la infancia, puso su adolescencia y la viudez de su madre bajo la protección del Emperador de Oriente; pero poco después, sorprendido por prematura muerte, el desgraciado salió de este mundo. Temiendo entonces su madre que la fragilidad de su sexo le atrajese el desprecio de los godos, se decidió á llamar á su primo Teodato, que vivía privadamente enToscana, ocupado en sus asuntos particulares, y, en consideración á su parentesco, lo elevó al trono. Pero él, sin respeto á los vínculos de la sangre, la arrancó poco después del palacio de Ravena, la relegó á una isla del lago de Bólsena, donde pasó muy pocos días sumida en la tristeza, siendo estrangulada en el baño por los satélites de Teodato.

CAPÍTULO LX

Belisario sale de África para invadir Sicilia.—Sitio de Siracusa.—Los godos con su jefe Sinderico se entregan á Belisario.—Evermos hace traición á Teodato.—Vitigis es elegido rey.—Muerte de Teodato—Belisario se apodera de Nápoles y de Roma.—Casamiento de Vitigis y de Malasuenta.—Progresos de Belisario.—Los godos son derrotados frente á Perusa.—Vitigis sitia inútilmente á Roma.—A su vez es sitiado en Ravena.—Ríndese á Belisario con Malasuenta.—Muere en Constantinopla.—Malasuenta se casa con Germano.

Cuando el Emperador de Oriente, Justiniano, tuvo noticia de su muerte, quedó profundamente conmovido, considerando como injuria que se le había inferido

el asesinato de su protegida. Acababa entonces de triunfar de los vándalos en África, por medio de su fidelísimo patricio Belisario; las armas estaban aún teñidas de sangre, y en el acto mandó al mismo general que marchase contra los godos. La extraordinaria prudencia de Belisario le hizo comprender que no podría someter esta nación, si primeramente no ocupaba la Sicilia, que la alimentaba, y esto fué lo que hizo; y en cuanto entró en ella, los godos que guardaban la ciudad de Siracusa, viendo que no podían conseguir ventaja, se le entregaron voluntariamente con su jefe Sinderico. Cuando supo Teodato que el general romano había invadido la Sicilia, envió á su yerno Evermor con un ejército para guardar el estrecho que separa esta isla de la Campania, por el que el mar Tirreno penetra en el Adriático. Habiendo llegado Evermor, acampó delante de la ciudad de Regio; pero viendo en seguida comprometida la situación de los suyos, se pasó al enemigo con corto número de hombres que le eran fieles y que fueron sus cómplices de deserción; y, arrojándose á los pies de Belisario, le manifestó su deseo de pasar al servicio del Imperio. En cuanto se supo esto en el ejército de los godos, gritaron que Teodato les hacía traición; que era necesario arrojarle del trono y alzar sobre el pavés á Vitigis, que los mandaba y que había sido su escudero; cosa que hicieron en seguida; y Vitigis, alzado sobre el pavés en los campamentos bárbaros, entró á poco en Roma, haciéndose preceder en Ravena por hombres profundamente adictos, encargados por él de matar á Teodato. En cuanto llegaron éstos ejecutaron sus órdenes, y un mensajero del nuevo rey, mientras se encontraba éste todavía en los campamentos bárbaros, anuncia á los pueblos la muerte de Teodato y el advenimiento de Vitigis. Entretanto el ejército romano cruza el estrecho, penetra en la Campania, saquea á Nápo-

les y entra en Roma. El rey Vitigis había salido pocos días antes y llegado á Ravena, donde había contraído matrimonio con Malasuenta, hija de Amalasuenta y nieta del rey Teoderico. Mientras que, encerrado en el palacio real de Ravena, saborea los placeres de su reciente matrimonio, el ejército imperial salió de Roma y se apoderó de las plazas fuertes de las dos Toscanas. Informan de ello á Vitigis varios mensajeros y envía hacia Perusa al duque de los godos Cumunillas, con fuerzas considerables. Encontrábase en aquella ciudad con escasas tropas un conde muy importante, y deseando ardientemente los godos expulsarle, le sitiaban desde mucho tiempo cuando llegó el ejército romano, que los derrotó sin que escapase ninguno. Al enterarse Vitigis, cual león enfurecido, reune todas las fuerzas de los godos, sale de Ravena y marcha sobre Roma, á la que hace sufrir los horrores de largo asedio; pero quedando frustrada su audacia, se retira, disponiéndose á sorprender á Arminium. Engañado otra vez en su esperanza y viéndose perdido, se retira á Ravena; sítianle allí y en seguida se entrega voluntariamente al vencedor con su esposa Malasuenta y el tesoro real. De esta manera, en el año mil trescientos de Roma, el emperador Justiniano, vencedor de diferentes naciones, sometió al fin por medio de su fiel cónsul Belisario á aquella nación intrépida, cuyo famoso Imperio subsistía desde muy antiguo; y Vitigis, llevado á Constantinopla, fué elevado al rango de patricio. En aquella ciudad murió después de haber pasado más de dos años recibiendo pruebas de afecto del Emperador. Después de su muerte, Justiniano casó á su viuda Malasuenta con el patricio Germano, hermano del mismo Justiniano. De este matrimonio ha nacido un hijo después de la muerte de su padre, que, como él, lleva el nombre de Germano; y este niño, en quien se encuentran reunidas

las familias de los amalas y la de los anicianos, infunde hoy la esperanza de que, con la gracia del Señor, estas dos familias no se extinguirán. Hasta aquí, la antigua raza de los getas, la nobleza de los amalas y las hazañas de los valerosos de los pasados tiempos y las de sus admirables vástagos, todo ha cedido ante un príncipe sin igual, y, ante un general más intrépido que ellos, los godos se han confesado vencidos; pero en todos los siglos, en todas las edades se celebrará su gloria. Ahora se ve por qué el glorioso, el triunfante emperador Justiniano y el cónsul Belisario son llamados vandálicos, africanos y géticos. Tú que me lees, sabe que he tomado por guías los escritores antiguos y que en sus espaciosas praderas he cogido éstas pocas flores formando con ellas, según mi talento, una corona para quien quiera instruirse. Y no se crea, porque soy oriundo de la nación de los godos, que he añadido nada en favor suyo á lo que me han enseñado los libros ó mis propias investigaciones. Si, por otra parte, no he incluído en mi trabajo todo cuanto se ha escrito con relación á ellos, es porque lo he realizado, no tanto en su honor como en honor del que los ha vencido.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS GODOS